

# San Quintín

revista de narrativa, publicación bimestral marzo/abril 1997

106

Luis Humberto Crostwaithe  
Alberto Fuguet  
Ofelia Pérez Sepúlveda  
Andrés Montes de Oca  
Dulce María González  
Jaqueline Zúñiga

Fotografías de Javier Orozco

\$15.00  
\$3.00 Dlls.



*El sabor especial de cada platillo  
¡Lo ponen nuestros clientes!*

FLORIAN VALLE

FLORIAN ANAHUAC

FLORIAN PLAZA LA SILLA

FLORIAN SAN AGUSTIN



*Le da Sabor a la plática*

FLORIAN PADRE MIER

FLORIAN CINTERMEX

FLORIAN GALERIAS

FLORIAN HOTEL PLAZA DE ORO

# San Quintín

revista de narrativa, publicación bimestral

106

## En la Celda de Trabajo

Sabina Bautista  
Graciela España  
Pedro de Isla  
Editores

## Compañeros de Celda

Gabriela Ruiz  
Edición Gráfica

Alejandro López Rubio  
PrePrensa

## Celador de Diseño

Tarín y Contreras Publicidad, S.A. de C.V.

## Guardianes de Impresión

Litográfica Nuevo León, S.A. de C.V.

## Red Intercarcelaria

Nueva York- Sergio Cuéllar (212)744-47-44  
México, D.F.- Rebeca Ortiz (5)634-8034  
Zacatecas- Julián H. Guajardo (492)388-58  
Aguascalientes- Ricardo Esquer (49)16-0476  
Morelia- Ma. Cristina Paz de Barrera (43)23-5195  
San Miguel de Allende- Juan Manuel Ramírez (415)2-2499  
Reynosa- Martha Olivares (89)24-6646

## Abogado Defensor

Ramón López Castro

## Recluso Invitado

Javier Orozco

Cortesía: Revista Movimiento Actual  
Monterrey, N.L. México  
E-mail: mactual@giga.com

Año I Número 5

Marzo-Abril 1997

Registros en Trámite

Los textos publicados son en su totalidad responsabilidad del autor. No se regresarán originales. Queda sujeto a decisión de la Celda de Trabajo la publicación de las colaboraciones recibidas.

## © DERECHOS RESERVADOS

Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización de la Celda de Trabajo y de los autores.

Correo Ordinario: San Quintín 106 B Col. Mitras Centro

Monterrey, N.L. C.P. 64460 Tel. (8) 346-1377

Correo Electrónico: pdeisla@mail.giga.com Fax: (8) 344-7685

## INDICE

Editorial

•••

Luis Humberto Crostwaithe 3

**Las Animas Benditas ( III )**

•••

Alberto Fuguet 7

**Pelando a Rocío**

•••

Ofelia Pérez Sepúlveda 22

**Conversación con Nadie**

•••

Andrés Montes de Oca 25

**A la Guerra van los**

**Hombres**

•••

Dulce María González 31

**Arad en las Montañas**

•••

Jaqueline Zúñiga 35

**Cuentos Chinos**

•••

**Los reos de este número** 42

•••

**Convocatorias** 43

## LA CELDA NUMERO SIETE

Comenzó el año afianzando el sanquintín que amenazaba con cuartear las paredes de nuestra celda a la primera oportunidad.

Sin embargo, tras un divorcio, una separación, un nacimiento y una fuga, San Quintín 106 sigue consolidándose, incrementando su cadena de distribución y recibiendo más colaboraciones.

Desde el primer número hemos dado gran parte de nuestro espacio a los textos largos. Por eso, decidimos separar a los reos más cortos -pero no por eso menos buenos- y reunirlos en la cabalística celda número siete, que saldrá en libertad en julio próximo.

Esperamos recibir trabajos de escritores desconocidos, conocidos y muy conocidos para engrosar las páginas y llenar muchas celdas que aún están vacías, ya que este enorme San Quintín tiene muchos pisos y números por cerrar.

A todos los que ya enviaron, no se desesperen, pronto tendrán noticias nuestras.

## LAS ANIMAS BENDITAS

Luis Humberto Crostwaithe

### CAPITULO III

¡lto ahí! Aquí es donde la inmortal Terezkova narra algunos antecedentes necesarios y elocuentes para después continuar (en otro capítulo) con el heroico rescate del escocés ese y sobre la rotunda abolición de los epígrafes por el maestro Crostblaick.

Ahora les digo, para que lo entiendan por siempre, que el buen Crostblaick, honorable, parrandero, soñador y poeta, nunca fue hijo de campesinos como se ha dicho por otros historiadores en crónicas que de seguro jamás vivieron. Sus manos nunca tocaron el suelo ni sus uñas se llenaron de cochambriel estiércol. Lo sé de cierto, se los digo, porque yo soy la tal Terezkova que él mencionaba en sus sueños, soy nada menos que Ella y nadie de los nadie podrá arrancarme de los labios la realidad que sólo yo y sus amigos cercanos conocemos.

Crostblaick era un hombre de ciudad, alto y fuerte como los edificios de Manhattan. Nunca pudo existir un terremoto o un terrorista que lo hiciera desfallecer, era hombre completo en sus dimensiones verticales y horizontales. Lo sé porque soy la Terezkova y quien se atreva a desmentirme sufrirá mi escarnio (además de una sarta de ganchos al hígado, maniobra joichú trescientos cuarenta y ocho, bis).

¿En qué iba? Ah, sí. Lo conocí en el pleno de su fama, cuando era director de la renombrada universidad que ahora lleva su nombre y de donde surgieron alumnos tales como Brigitte Fonda, Santiago Oñate, Chester,

Madigan, Aburto, el Chupacabras y McTavish.

Ahí fui a verlo como respuesta al anuncio que apareció en el Jamaican Times y donde solicitaban a una profesora de Jaisiju, técnica oriental que yo dominaba desde mi infancia, para que ocupara una plaza vacante.

Me encontré frente a él, lo miré y mis células vibraron como ofendidas por el mal de Parkinson. Lo deseé en ese momento y sentí en sus ojos la misma caliente desesperación que él sentía por correr al primer hotel que encontráramos, arrancarnos los ropajes y lanzarnos al lecho como un par de bestias hambrientas.

Nos contuvimos porque ahí estaban los muchachos y eran demasiado inocentes para comprender. Esos muchachos, en particular, que años después serían víctimas de una nefasta tragedia, urdida por ese ser que ahora simplemente decido no nombrar.

Me pidió el maestro Crostblaick que diera una demostración de mis habilidades y solicité un contrincante voluntario. Madigan por supuesto fue la primera en poner un pie delante; pero la rechacé. "No peleo con damas", le dije y parece que me odió un poquito.

No me importó, en ese momento yo aguantaba el odio de cualquiera (debo aclarar que después nos hicimos comadritas). Preferí buscar yo misma a mi contrincante ya que no había más voluntarios entre el montón.

Estaban todos ellos en fila y posición de firmes, los revisé con detenimiento, los olí, pobrecitos, eran jóvenes inexpertos, nada sabían de la

vida y noté que Chester temblaba un poco y se le escurría un leve hilito de un líquido incoloro por la fosa nasal derecha.

Entiendan ustedes que ésta era una entrevista de trabajo y deseaba yo quedar bien con el maestro Crostblaick (además que su bravura me tenía muy impresionada), así que escogí al más pesado y más brusco de ellos, o al menos el que supuse que así era (¡vil decepción la que me llevé después!).

Le dije a McTavish que asumiera la posición para abrir combate. Se negó, dijo que no podía en ese momento, que perdón, que tenía que ir al baño. El propio maestro puso orden. "McTavish", gritó y fue suficiente.

El gordito escocés se puso en posición de combate. Empecé con una breve explicación: "Compañeros, el *jaisiju* es un antiguo arte oriental, diseñado para inmovilizar al contrincante causándole humillación y daño cerebral. En este momento, como se persiguen sólo fines demostrativos, reduciré el esfuerzo para causar sólo una leve humillación. Muchos consideran este arte como una amenaza a los derechos humanos y organismos como Amnesty International procuran inventar estrategias maliciosas para proscribirlo, pero la mera verdad, para qué mentirles, muchachos, consigue su propósito".

Entonces me volteeé hacia McTavish y usando la maniobra jeikai número doscientos cuarenta y siete y medio, bis, lancé al escocés por los aires logrando tres piruetas perfectas y un azotón escalofriante, digno de la triple A.

Los muchachos aplaudieron, por supuesto, y el propio maestro, que nunca fue un hombre que mostrara sus emociones, experto él mismo en

*jaisiju* decimoquinto nivel, levantó la ceja izquierda en señal de aprobación. McTavish me perdonó sólo cuando, al salir de clases, le disparé una ronda de Jim Beam.

Desde entonces hemos sido yo para Crostblaick y él para mí. Maldigo el día que permití que se fuera de mi lado para rescatar a McTavish con Madigan y Chester, lo maldigo eternamente por ese desenlace en que uno de los tres muchachos perdió el órgano que perdió.

Fue terrible. El maestro debió continuar sus hazañas junto a su compita Moby Great Dick en defensa de los delfines californianos, auspiciadas por el CNCA, y no presenciar ese acontecimiento que marcó a unos de sus alumnos para siempre.

Después de aquella horrenda tarde, cuando me enteré del desenlace del heroico rescate, tuve que abandonar nuestro hogar y nuestros quince hijos para ayudarlo en la batalla climática que se llevaría a cabo poco después. Empaqué mis viejos manuales de la KGB, por si algo se me olvidaba, y me lancé a la búsqueda de mi hombre.

¿Por qué lo hiciste, Crostblaick, por qué me abandonaste por tus amigos y por qué tuve que ir tras de ti? Creo que reconozco el momento justo cuando mi hombre dejó de escuchar mis plegarias.

Fue después de una sucia misión en Gran Bretaña que le había solicitado el gobierno mongol. En las noches despertaba llorando y tuve muchas veces que consolarle. "Ya estaba muy viejo, no le hacía daño a nadie, qué caso tenía, ahí, el viejito en su silla de ruedas, pum pum en su cabecita canosa", exhalaba el maestro, mi amado.

Así es, les digo de una vez para que lo sepan bien, para que no queden dudas, Crostblaick, mi dulce querido entre los hombres, fue quien le dio fin a James Bond y jamás, óiganlo bien, jamás se lo perdonó él mismo.

-Nunca más volveré a usar un epígrafe -me dijo entre lamentos.

Nunca supe la relación que había entre matar al 007 y la abolición de los epígrafes hasta mucho tiempo después que me lo contó mi comadrita la Madigan.

*Tarín & Contreras*  
P U B L I C I D A D

S.A. DE C.V.

PC  
o  
MAC

División de  
**Preprensa**

*Salida  
electrónica*

*Digitalizaciones*

*Transfers  
y Respaldos*

*Modificación  
de Selección*

*Prueba de color*

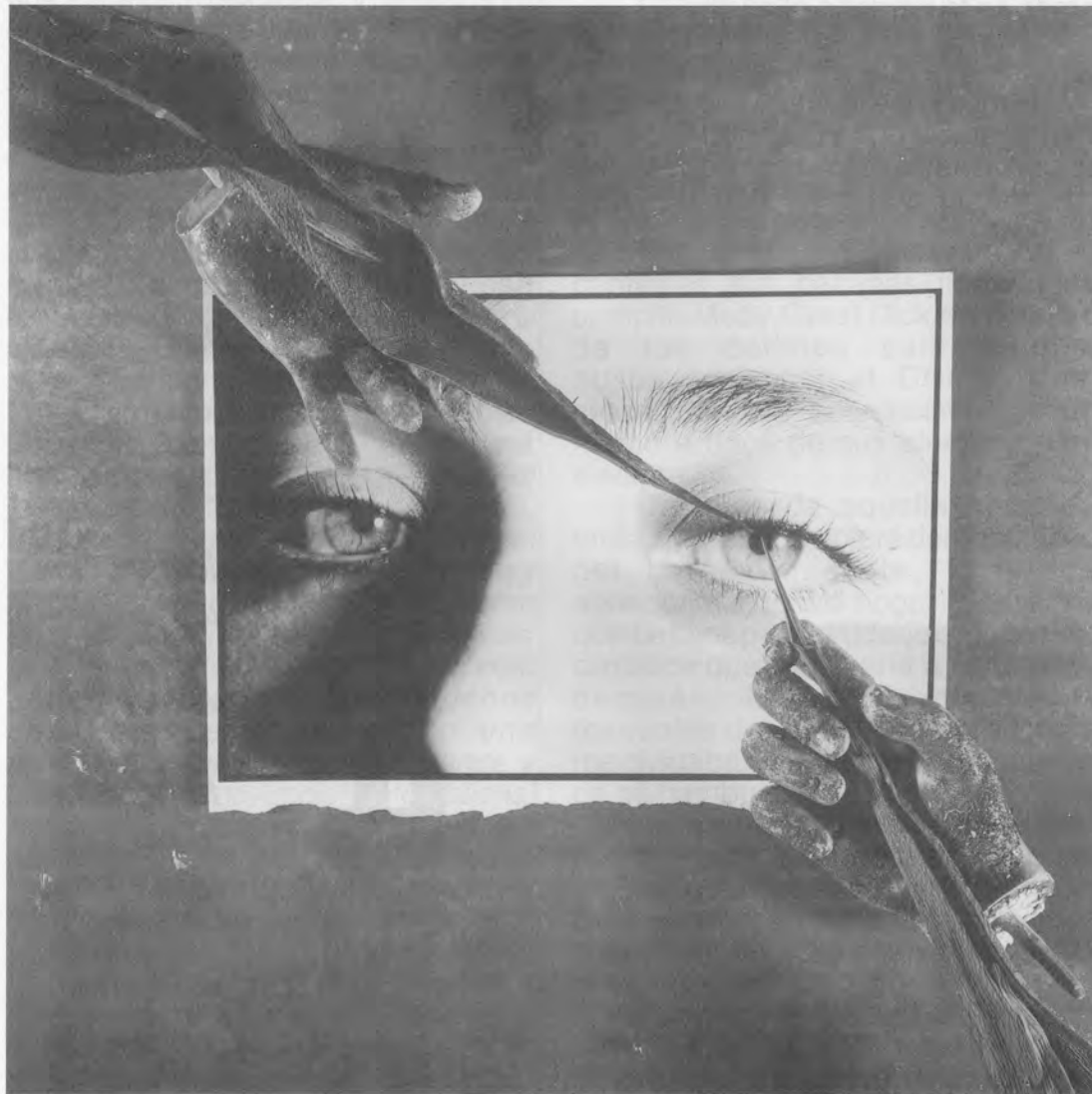
*Impresiones  
(laser byn o  
inkjet color)*

Matamoros 1415 pte. Col. Obisado  
Monterrey, N.L. México C.P. 64040  
T: (8) 343-3240, 340-1741, 340-1879, 340-1935  
F: (8) 345-9979 E-mail: atarin@mail.giga.com

## • PELANDO A ROCIO

Alberto Fuguet

Cuento



Es que tú no me vai a creer, huevona, te juro por Dios, si apenas lo creo yo, así que imagínate. No hay caso, no puedo entenderlo, cómo hay gente que puede cambiar tanto, ¿cachái?... Si mi vieja tiene razón: cuando la gente nace loca, nace loca. Cuestión genética. Pero lo que yo no cacho es cómo alguien que nace decente, de buena familia, tu sabís, como nosotras, mejor incluso, puede volverse tan... no sé, tú cachai, cómo esta comadre de la que te estaba diciendo, esta amiga mía, pudo cambiar tanto, ciento cincuenta por ciento, una cosa impresionante que no se explica, como lo que te dije el otro día, pero tú no sabís nada, no alcancé a contarte, con lo del sábado lo supe todo y hasta me puse a averiguar si todo era verdad, revisé los diarios, te juro, a la hora del almuerzo, lo leí cagada de miedo, pero déjame seguir...

... Bueno ya, pidamos otros dos, pero no tan secos, capaz que nos curemos, mira que con esto de recortar diarios no he almorzado nada, he estado súper ocupada, te digo. Incluso don Edmundo me preguntó si tenía algo, me sentí más mal, última, imagínate, averigua algo, puede pasar cualquier cosa, quedaría como chaleco de mono y... oye, no es por pelar, galla, pero fijate esas comadres que recién entraron, seguro son putas, yo no se como las dejan entrar, ese tipo de minas les baja el nivel. Observa lea del buzo de cuerina, se parece a la Nelly, la de contabilidad, ¿no encontrái?, chula de mierda. Para mí que se tira a este gallo nuevo, de finanzas, que

antes estaba en la sucursal de Coquimbo. Pero mira a ésta, fijate en las uñas: azules. Lo peor. Típico de minoca de villa rasa. Después las huevonas se creen la raja por andar metidas acá arriba, cuafas de mierda, lo único a que vienen es a buscar ejecutivos lateados. Me sacan de quicio, arribistas calentadoras de huevas. Yo no entiendo cómo la Rocío se metía con gallada como ésta, incluso más última porque por lo menos estas chufas se arreglan y no cachan nada de nada, sólo leen la *Vanidades*, esa onda, en cambio estos tipos andaban con ponchos y huevás chilotas con olor a oveja y a vino caliente, recitando manifiestos todo el día, leyendo libros rusos, de ésos que se desarman, enfermos de densos y puntudos. Realmente me repelen...

... ¿A ver?, ¿qué hora es? Descueve, después tomamos un taxi, yo pago, pero déjame contarte, huevona, que si no, reviento. Este tipo de cosas no suceden siempre. Además, a ti te encantan los cahuines, soi la reina del pelambre en la oficina, no te vengái a hacer la desinteresada ahora, yo te cacho, no podís ser tan mala amiga, no podís ser tan maricona...

Veamos... Pásame otro pucho. Se suponía que lo iba a dejar pero nunca, pelar sin fumarse un cigarrito es como imposible, ¿no creís?, como que nada que ver... Bueno, la cuestión, galla, es que el sábado me llamó una amiga, la Marisol Lagos, tú ni la conocís, me hice amiga de ella en un Pre, en el Ceaci, pero igual no me dio el puntaje, total, media huevává, gana el doble que

todas esas huevonas de mis compañeras de curso que entraron a la universidad, se sacaron cresta y media y ahora están muertas de hambre, andando en micro, haciendo el ridículo más grande... Bueno, hay para todo, ¿no?, digo yo, cada uno cava su propia tumba... Bueno, déjame contarte de esta galla, la Marisol Lagos, más loca que una cabra. Tampoco entró a la universidad, así que se dedicó al arte, a puro huevear, a pintar poleras y diseñar abrigos y cuestiones así, moda, que vende cualquier cantidad. Después se metió a teatro de pura loca, pantomima, esa onda. Ahora trabaja en una galería de Buena Vista, lo pasa la raja, de miedo, conoce a todo el mundo, la cachá de gente conocida, famosa. Incluso la Raquel Argandoña es amiga suya, siempre le va a comprar. A quién no conoce esta galla, ubica a la gente más extraña de este país, que es más de la que te imaginái. La Marisol lo pasa regio, ni trabaja, puros cócteles, exposiciones, premiéres, festivales, que sé yo. La cuestión es que me llamó esta galla para invitarme a una cita a ciegas, a un carrete new wave, una huevía de pintores, una especie de inauguración de cuadros con fiesta y música, de un grupo más raro que la cucha, como de la onda argentina, supongo, para bailar. Yo le dije que sí, tú sabís, para que después me llame este huevón de Hernán y nos descueremos por teléfono, no valía la pena. Así que me traté de vestir lo más loca posible, onda punk, taquilla, cualquier cosa para no parecer fuera de foco, un look como lo que vende la Paula Zobeck. Le pedí a mi hermano chico, que se jura Soda Stereo, su gel. El pendejo me la vendió, pero igual se la saqué gratis y me hice un peinado para cagarse de risa, como

espinudo, aunque con el calor que hacía se me deshizo y llegue a la casa con pinta de bataclana barata. Lamentable, pero bueno...

La Marisol es más loca que un tiro, mucha careta y esa onda para caer bien. Saludó a todo Chile y a varios huevones de la tele. Coqueteó firme con ene tipos y eso que se está afilando a otro huevón, un productor musical el descueve, súper rico el compadre, como mezcla de intelectual y boxeador, con una cola de caballo atrás. El tipo que se suponía era para mí, era más que extraño, te juro que te cagái en tres tiempos. Onda marciano, maraco, drogadicto, yo no caché. No era feo, pero tenía todo el maquillaje corrido y empezó a jalar coca ahí mismo, sacó una cucharita y me convidó. Súper exótico el compadre, ¿no encontrái?, pero como que me urgí la muy huevona, no tengo idea por qué, total, todo el mundo jala, cosa de ir al Oliver, pero bueno, qué querís, así soy, conservadora. El gallo éste, olvídate cómo se vestía, una jardinera naranja sin nada debajo, te juro, se agachaba y se le veían todas las huevas, pero le daba lo mismo porque dicen que todos estos artistas van a una playa nudista y se meten todo con todos, hombres con hombres, mujeres con mujeres, da lo mismo y pintan las rocas con comics y tonteras. El huevón ni me pescó, partió a juntarse con un uruguayo que baila hecho una loca y "querido" pacá y pallá y yo al medio, sintiéndome como el forro, parando el dedo, así que atiné, dí una vuelta por el galpón, y me dediqué a mirar las pinturas, parades enteras rayadas, cuestiones como de cabro chico, no entendí ni pico, unos mamarrachos súper raros. Atiné, entonces, a cachar la onda que se estaba tejiendo: la

decadencia misma. Ni en Nueva York. Estaba esta tipa nueva, la que hace de mala en la teleserie, reventada hasta decir basta. Chata, tirada en el suelo. Se veía última de carreteada. Y todo el mundo en el mismo volón: piteando, tomando, unos punks medio rascas quebraban botellas, otros se empujaban y se pegaban, cualquier onda, como de película, galla. Por suerte empecé el show y salieron unos huevones rajados de cocidos -o inyectados, no sé-, unos pendejos esqueléticos, rapados, todos sucios, llamados Los Pinochet Boys, que le escupían al público. Todos pedían más. Después del grupito éste, que ni se sabían las letras de las canciones, apareció este otro grupo: Degeneración Espontánea. Ahí no más. Pero cuando voy cachando que el que toca el bajo, así medio escondido, con una camisa llena de figuras, de ésas que venden en Fiorucci, ¿las ubicái?, es un huevón que conozco. ¿Adivina quién?

Me trae dos traguitos más, porfa... un millón, gracias... Como te decía, resulta que el compadre éste, con el pelo corto como milico a un lado, crespo y largo al otro, es -o era- el marido de la Rocío Patiño, esta súper amiga mía del colegio, esta huevona de la que yo te he hablado. Así que de ahí te podís ir imaginando la impresión, galla; estaba más cachuda que la cresta por saber qué hacía este huevón, Ismael se llama, en una parada como ésa y con ese corte de pelo. Ahora, para qué te cuento cuando el compadre se largó a hablar... Si eso de que la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida, es verdad. Te juro. No puede ser más cierto, cosa de fijarse en la Rocío Patiño, no más.

Pero déjame empezar de cero... No puedo ser tan maricona, si esto es

súper serio, trágico, te juro. No me hagái reír. Después vas a ver que tengo razón... No voy a demorar demasiado, tres o cuatro puchitos más... Si aún es temprano, falta ene para el toque. Además, igual no tenís mucho qué hacer, así que qué importa. Déjame seguir: bueno, ya sabís, con la Rocío éramos amigas, pero amigas desde el colegio, poto-y-calzón, amigas de toda la vida. Si hasta nuestros padres se conocían de sde siempre, hasta del club porque la Rocío -mira la bruta con suerte- vivía en una casa que no te la creerías, fabulosa es poco, como para Vivenda y Decoración, una cuadra entera en Los Dominicos.

En esa época, te hablo del 78 ó 79 ponte tú, como en primero cuando ya éramos amigas porque, a ver?, yo entré en sexto, y después en séptimo, sí, claro, ya en primero medio íntimas qué rato, inseparables. Me acuerdo que en ese tiempo había toque, bueno, igual que ahora no más, una lata, mucho peor, pero igual nos arreglábamos para pasarlo bien, salir con chiquillos -encuentro tan cuma esa palabra-, con gallos, carretear, vida nocturna. Típico íbamos al cine, a patinar al Shopping, ¿dime que nunca fuiste?, ¿te acordái? Era la papa, iba todo el mundo; no como ahora, súper pasado de moda, una lata. Todavía no pololeábamos y nadie manejaba aún -creo que ella nunca aprendió; bien huevona, teniendo tantos autos, digo yo-, así que dependíamos de los viejos para que nos fueran a buscar. No nos dejaban andar con tipos en taxis. Menos en micro. Súper cartuchos, tan huevones los viejos, que no lleguen tarde, tempranito en la casa, mijita, cuando no saben acaso que los hoteles abren de día y si una quiere echarse una cacha -dime que no, galla- puede

ser a las tres de la tarde, cagada de la risa, sin ningún problema. Además tanto cuidado, tan urgidos, si al final el tiro les salió por la culata... Siempre preocupados de las amistades, de qué nivel eran, si eran GCU, de colegios privados. A todo control. Pobre que saliéramos con algún hijo de un empleado público. Éramos más fijadas. Así nos criaron, los tipos debían ser del Verbo Divino para arriba. Mi hermano, pobre jetón, en cambio, por hacerse el rebelde, terminó casándose con esa chula de la Valeria -se casaron de ocho meses, cara de raja- y allá lo tenís viviendo en no sé que mierda de paradera de Santa Rosa. Claro que esto fue hace diez años, porque la Rocío, con lo clasista que era, ni saludaba a la Valeria. La miraba en menos. Después, puchas la sorpresita que nos vino a dar.

La Rocío en esa época viajaba a cada rato, onda todos los veranos. Su viejo era dueño de una empresa importadora y traía tragos, chocolates, equipos de música. Tenía cualquier plata. Bueno, en esa época todos teníamos. Sí que traía cualquier cantidad de cosas de Estados Unidos, cuestiones que aún no llegaban a Chile, revistas, cuadernos con la Farrah Fawcett en la portada, cigarrillos. Era el tiempo de la Donna Summer y los Bee Gees, se compraba todos los álbumes de moda, *Gracias a Dios que es Viernes*, *Grease*, y ropa súper taquillera para ir a bailar onda disco. Como ella tenía ene ropa, me prestaba y salíamos a bailar. Nos veíamos el descueve, dejábamos la tendalada...

¿Querís otro? Yo pago. Sí, en realidad, esperemos un rato más, yo también estoy media curada..., increíble..., bueno, como te decía, la papa era la Disco Hollywood. Quedaba

en Irarrázaval, si sé, no es culpa mía. Por eso sólo fuimos dos veces. Después la Rocío se puso a pololear y Juan Luis encontraba de rotos la onda disco, como de puertorriqueños, de latinos. No dejaba de tener razón, porque la verdad es que se chacreó, se llenó de chulos con brillos, de hachaca look, así que decidimos refinarnos y filo con la Hollywood y nos saltamos el furor de la salsa que, por suerte, duró repoco.

Sai que me acuerdo de una vez, hablando con la Rocío -creo que estábamos en el Giratorio, tomando unos tragos como ahora, lateadas-, y ella me dijo que resentía no haber sido más loca, más reventada, porque por mucho que una se pueda arrepentir después -si es que una se arrepiente-, igual eso no se quita, ¿me entendís?, onda "lo comido y lo bailado", porque para qué vamos a andar con huevás, entre pasarlo bien y pasarlo mal, mucho mejor bien ¿no encontrái? Claro que eso fue antes de Juan Luis, meses antes. No sé, de repente creo que por eso hizo todo, para probarlo todo, ver que pasaba y después ver, rebelarse por la mala suerte que tuvo, no sé, quizás se agarró muy fuerte nomás, se autoconvenció. A lo mejor... como que nada que ver que te cuente todo esto, no sé, como que no puedo dejar de hablar, de recordar... no puedo ser tan peladora, galla, tan re-concha-de-mi-madre, o sea, mal que mal, somos -fuimos- amigas, súper amigas, yuntas y todo, tú sabís, pero las cuestiones cambian, se ponen distintas...

Necesito otro más, ¿qué te parecen unos gin-tonics? Además hace un calor asqueroso. Ahí viene el compadre... Sí, dos gin-tonics y unas cositas para picar, ¿tenís maní o nueces?

Perfecto, gracias... Me perdí... ¡Ah, ya...! Lo que pasa es que del grupo de mujeres del curso éramos las más fomes, te juro, si yo era más tranquila que una foto, aunque te parezca increíble. No éramos gansas sino más bien, cómo te digo, no sé, "sanas", tranquiléin, ¿tú cachái?, como la Marcela Gutiérrez, de finanzas, así, de esa onda, pero menos gordas. Atracábamos súper poco y eso que no nos faltaban oportunidades. En realidad la que atracaba era yo -todavía no se me quita el hábito, huevona-, ella sólo tuvo una caída con el Javier Hamilton en un retiro en Punta de Tralca, pero después volvieron al colegio y nada. Una pena porque era bien bueno el Hamilton, onda rebelde, pasaba todo el invierno esquiendo. No iba nunca a clases, se juntaba con gallos del Marshall. Me acuerdo que se amarraba un pañuelo rojo en el pelo, a lo indio. Se veía el descueve. Además tenía un toque intelectual, lo que lo hacía aún más atractivo. Siempre se lef los best sellers de moda y me subrayaba las partes calientes para que así yo no tuviera que mamarme todo el libro. A mí, te digo, me trastornaba. Como que nadie podía agarrarlo, así que me dio un ataque al pelo cuando la Rocío se metió con él. No le hablé durante una semana. Estaba más choreada que la mierda; no podía creerlo.

Aparte de ese ataque con el Javier Hamilton, que a todo esto vive en Brasil, se apestó de Chile, de lo chico que es y se fue para allá y se dedica a dar clases de windsurf en un club Mediterráneo. Me lo contó una amiga que estuvo ahí para su luna de miel. Incluso hace de gigoló con las gringas que le pagan cualquier cantidad de plata para que se las tire. Yo también pagaría, te digo. Me encantaría verlo

de nuevo. Ahora me acostaría con él, ni tonta. Siempre quise, pero nunca me atreví. Claro que el huevón nunca me lo pidió...

Aparte de este mino, entonces pololeó primero con el Hugo Vaccaro, éste que se está por casar con la Virginia Artaza, la que salía en ese réclame de zapatos. Si sé, es última, no sé cómo la contrataron. Las feas siempre tienen más suerte. Con el Vaccaro pololeó en primer año, como tres meses, nada serio. Además, como tener algo serio con ese tipo, tan blanco, parecía tuberculoso, no sé, me daba asco. Me carga la gente tan blanca. Se me imagina que nunca veranean. Después de esta cosa anduvo tranquila. Sólo ese atraque en las dunas con el huevón de Javier Hamilton. Hasta que el Juan Luis llegó a su life.

Me acuerdo que eso me cagó la siquis. Me la cagó harto, especialmente cuando caché que eso iba en serio y que yo tendría que quedarme sola no más. Tocando el violín, sin tener a nadie serio. Tú que eres sola, galla, me entendís. Rápidamente capté la movida y me di cuenta que el Juan Luis era su hombre y que eran tal para cual. Si el tipo se juraba perfecto, el hijo que toda madre desea: todo compuesto, chalecos abotonados, viajes a Europa, fundo, estudiante de Derecho, beato, de la onda de comulgar en la misa de doce. El Juan Luis, si tú quieres, me la arrebató. Me quitó a mi mejor amiga. Nunca tanto pero algo así. O sea, igual nos seguimos viendo esos dos años que aún quedaban de colegio; pero nunca de la misma forma.

Fue bien penca. Yo estaba más que choreada, quedándome los sábados en la noche viendo Noche de Gigantes, esa parada, imagínate, no

quería saber nada de nada. O sea, lo que se llama estar parqueada. Atroz. Así que decidí salir un par de veces con un amigo de Juan Luis, que también era polero, para airearme un poco y cacharla onda de la Rocío. El compadre que me tocó -si las citas a ciegas son lo peor, deberían prohibirlas- era una bosta. Para variar. Todo apretado como sacando pecho, entrando la guata, mostrando el poto y el paquete. No, si te digo, cada huevada que me ha tocado. Y para más remate era colorín, le transpiraban las manos, ¿sabís lo que es eso?, me pesacaba la mano en el cine, ponte tú, y parecían gualetas mojadas, no sé, unas cosas frías, como pescados. Para buitrear. Por suerte no atraqué con él. Se llamaba Iván. Claro, Iván Chatwick, pariente de esos gallos gobiernistas, súper de derecha. Mi viejo estaba chocho. Una vez salimos los cuatro al cine, vimos *Gente como uno*, me acuerdo, título más que adecuado, y después pasamos al Otto Schop y el Juan Luis con el Iván se largaron a hablar de política, que los milicos y la oposición, dale que dale, como cuatro horas, no sé para qué hablaban tanto si los dos tenían las mismas ideas y no había que convencer a nadie, pero tú sabes como son estos gallos de derecha, de alguna manera tienen que sacar sus represiones para afuera, y comenzaron a tirarle mierda a la decé y a los comunistas, qué sé yo, no cachaba ni una, estaba más lateada. Lo que más me sorprendió fue que la Rocío se metió en la conversa y se lanzó contra Frei como si hubiera sido profesor suyo y chuchadas contra la UP y hablaron ene de la nueva constitución y del plebiscito ése, ¿te acordái?, yo ni voté, no tenía edad. Igual hubiera votado que sí yo cacho, no tengo nada contra el gobierno, en

realidad no lo pesco pero, a decir verdad, a mí Pinocho no me ha hecho nada, así que nada que ver que yo vote contra él o me ponga a alegar como los huevones de contabilidad que son unos rotos resentidos sociales. Lo que me sorprendió en todo caso era que la Rocío hablaba del Pinochet como si fuera ya lo máximo, onda Pinochet o nada, que si no hubiera sido por el golpe estaríamos todos plantando arroz en Colchagua y usando ojotas, que el país se salvó así por tan poco, que seríamos peor que Cuba, que el 11 de septiembre iban a matar a todos los momios, que eso estaba comprobado. Escuchándola hablar como hablaba, caché que ya no era de mi onda, que se había pasado al bando intelectual y que el Juan Luis se la había engrupido bien engrupida y ya no había nada que hacer.

Y así pasaron esos dos años, todo el día juntas en el colegio, estudiando para las pruebas, metidas en los mismos grupos de biología o castellano, pero después de la hora de once todo era Juan Luis, que a todo esto era como un genio porque apenas tenía un año más que nosotras pero ya estaba en tercer año de derecho cuando la Rocío entró a la universidad. A la Universidad de Chile para su desgracia y la de sus viejos, porque justo ese año hubo demasiados buenos puntajes y eso que ella tenía uno súper bueno, mucho más que 700, pero no hubo caso. O la Chile o nada. Se matriculó en la Chile. No le quedaba otra.

La graduación, que no fue tan mala como dicen, la hicimos en el Sheraton y todo. Yo fui con un gallo bien estupendo, holandés, hijo del agregado cultural de la embajada, amigo de mi viejo, así que todas me miraban cagadas de envidia. Además

andaba con un vestido de raja, súper rebajado. Me veía estupenda.

Después de la fiesta, que duró toda la noche, partimos a la playa. En caravana hasta llegar a Santo Domingo, a la casa de una compañera de curso. Yo con este gallo Horst nos metimos al mar en calzoncillos -yo en sostén, obvio- y eso escandalizó a todos. A mí eso me calentó más que la cresta, y como andaba con ene tragos, la Rocío me retó. Me dijo que las estaba cagando, que por favor me ubicara, que Juan Luis estaba furia, y eso me emputeció. Desubicada de mierda. Todo porque el imbécil de Juan Luis no la tocaba, era más virgen que la chucha, pura paja, seguro. Armó medio escándalo y la manga de huevones se acercaron a ver qué pasaba. Yo, verde te digo. Si nada que ver tanto hueveo, si uno se gradúa una sola vez, media cuestión que me bañe en calzones. Además, puchas, éramos amigas, ella me cachaba, si antes cada locura era festejada, nos cagábamos de la risa de todo, ¿cachái? Imagínate que a ella le vino su primer período en mi casa. A ese nivel de intimidad, puh galla. Yo la consolé y le expliqué todo porque a la cartucha de su vieja le daba vergüenza ese tipo de cosas y nunca le dijo nada. Yo supe de su primer beso y ella igual, onda que nos prometimos una hermandad eterna: fue un domingo, a mí ya me había llegado la regla, así que estábamos chochas de ser mujeres por fin, y como mis viejos andaban en el campo saqué champaña de la bodega y celebramos y bailamos en sostenes y después nos empelotamos para mirarnos al espejo, a lo *Playboy* y nos tomábamos polaroids que después quemábamos y de puro reventadas agarrábamos las almohadas y nos imaginábamos que eran compañeros de curso...

... Fue súper loco... ninguna de las dos éramos calientes ni nada por el estilo, trece años galla, y después nunca tanto, pero ese día -puta que ha pasado el tiempo- decidimos que nuestra niñez ya estaba finalizada, que las Barbies y los Ken eran cosa del pasado, así que decidimos juntar todas las muñecas que teníamos, toda esa ropa en miniatura, y regalársela a una prima de la Rocío. Nos había llegado la hora en que una se pone a llorar por los gallos, hace diarios de vida, corazones en los cuadernos, llama por teléfono y cuelga. A mí ya me gustaban como tres compañeros de curso y como ocho de los de Tercero Medio, huevones de diecisiete que una juraba eran los tipos más maduros del mundo. Éramos más tontas, más gansas. Coleccionábamos recortes de revistas, posters de la revista 19, fotos de los Bee Gees, del Peter Frampton, del de barba de Abba, qué sé yo. Shawn Cassidy, ese tipo de gallos. Esa noche de la curadera nos juramos ser amigas para siempre, no criticarnos, por eso ese día en Santo Domingo, yo toda mojada y la Rocío histérica, cambiada, con ataque de moral, hecha una furia porque me bañaba en calzones frente a todos, con un extranjero todavía que apenas conocía, qué iba a pensar de las chilenas, que éramos unas putas igual a las europeas, ella conocía Holanda y la juventud era un asco, toda drogada y punk, galla, y eso me sacó de quicio, me pareció una falta de respeto y la mandé a la misma chucha, le dije que estaba enferma, que el Juan Luis le había lavado el cerebro, que lo que a ella le hacía falta era una buena cachá y listo. La Rocío se dio media vuelta, me dijo: "*Dios sabrá qué futuro te espera; me das pena*", y yo partí de vuelta a la playa, pesqué al Horst, me



lo atraqué en la arena como una ninfómana, urgida a cagar, nos fumamos unos buenos huiros y nos metimos a la casa, nos encerramos en una pieza y me culeó. Fue mi primera encamada y no sé si me gustó, sólo quería ver si yo era capaz, pero lo único que hice mientras el huevón estaba arriba mío sudando como un animal fue pensar en la Rocío, que ojalá hubiera estado ahí mirando y que el Juan Luis fuera el huevón que estuviera metiéndolo y sacándolo.

Por qué no me pasái otro pucho, porfa... como que lo necesito... Pídete dos gin más, total yo pago. No puedo cortarte el cuento ahora, tengo que seguir contándote. Déjame seguir.

Bueno, después de eso como que se levantó una muralla, no nos llamábamos por teléfono, aunque cada una se moría de hablar, esperando al lado de él, viendo si sonaba. Y cuando llamaba hacía que la empleada contestara y tomara el recado. Le devolví la llamada varios días después. A todo esto, el Horst estaba más caliente conmigo y a mí francamente me apestaba. Me hacía recordar todo lo que pasó. Igual pasé un Año Nuevo con él, metida en la Gente, que recién se había inaugurado. No sé por qué tenía la tincada que me iba a encontrar con la Rocío y su tropa de amistades nuevas. Después de la primera encamada, sólo lo hice una vez más con el Horst, en un motel con una feroz tina, bien de puta por Vicuña Mackenna abajo, pero fue bien como las huevas. No sentí nada. Nunca lo volví a ver. Por suerte.

La Rocío finalmente me llamó - creo que obligada por su mamá, que es súper gente, amiga de mis viejos y de mi tío, que siempre compraba cosas de Hong Kong en la oficina de los

Patiño- para convidarme a veranear unos días a la casa que habían arrendado en Cachagua. No sé por qué, pero fui. Fue el fin del fin. Todo muy diplomático, ¿cachái?, pero cero comunicación. Nada. Primero estaba con su lindo. Piezas separadas, of course. Juan Luis me odiaba. Eso estaba más que claro. Segundo, nadie me pescaba. Toda su gente y sus amistades me hacían el vacío, apenas me saludaban. Todos se creían franceses veraneando en Mónaco, millonarios a cagar lo culeado. Así que te podís imaginar esas dos semanas. Sola, en la playa, al lado de esta parejita que ni se miraban mucho para no correr peligro. Leí como loca ese verano. No había más que hacer. Si ni hay discothéque en esa playa: caminar, andar a caballo, jugar naipes. Horror. Leí ene, incluso cosas densas como Lafourcade o el Pablo Huneus. Habían salido los puntajes de la Prueba de Aptitud y a mí, para más remate, me había ido como el forro, último, y la Rocío medio ni que puntaje y hablaba por los poros que iba a estudiar sicología, a tener su consulta privada, que le gustaría tener como pacientes a científicos y hombres de negocios que están metidos a mucha presión. Yo mutis. Todos juraban que yo era una imbécil. Media huevía. Me da lo mismo lo que piensen de mí. Total, yo siempre pienso algo peor sobre ellos.

Por fin pude regresar a Santiago -metí la chiva de que estaba con fiebre y tenía que buscar un lugar para estudiar una carrera "no profesional"- y, te digo, nunca esta ciudad apestosa me pareció tan fabulosa y eso que hacía cualquier calor y las calles estaban vacías.

Así pasó el tiempo, yo entré al Manpower y ella -aquí comienza lo

bueno-, por una jugada del destino, de pura mala suerte -o buena, nunca se podrá saber-, queda en Sicología, pero en la Chile. Horror en la familia, Juan Luis mudo, nadie quería aceptarlo. Lo importante, como le dijo su tía a mi vieja, era que no se pervirtiera, que eligiera a sus amistades con pinzas.

La ví después para su cumpleaños, en su casa, fui con un naval que conocí un fin de semana en Viña y poco menos que el Juan Luis se enamoró de él porque hablaron toda la noche de seguridad, de armamentos, sobre la guerra de las Malvinas que estaba de moda, si era verdad que Chile ayudó a Inglaterra. La reunión estuvo como fome, los típicos amigos de Juan Luis, como tres amigas de Sicología: una galla argentina, una tipa bien pecosa y una rubia súper tímida que me dijo que su escuela estaba plagada de comunistas y que lo único que hacían era redactar cartas y denuncias, que no estudiaban nada y después los muy frescos les pedían sus cuadernos para fotocopiarlos. Al final terminaban sacando mejor nota que estas minas mateas. La rubia me contó que nadie quería al grupo de la Rocío y las otras gallas bien, que las miraban en menos, las tildaban de "fachas Shopping Group" y se reían de sus perjuicios burgueses. La más odiada era la Rocío que ni los saludaba y que se negaba a ir a los paseos a Cartagena, a los malones que duraban toda la noche y a esas peñas horribles con vino caliente y canciones de sangre y fusil. Incluso me contó que la Rocío tenía serios problemas con la comandante del curso, una tal Lía, que usaba una trenza a lo guerrillera y tenía como treinta años, antigua exiliada en Suecia que se metió a la mala a Chile y que dominaba toda la Facultad de Filosofía.

El problema era que la Rocío organizó un grupo de gente para que no votaran por ella y se metieran a la FECECH, que era como la FEUC, pero peor, ya que la izquierda decía que eran puros fachos pagados por el gobierno para sapear, lo que era falso, pero igual quedó marcada. La rubia esta, que se llamaba Daisy y que era igual a la Inés Freire de compras, estaba enferma con la universidad y encontraba súper injusto que por ser pinochetistas las trataran de fascistas, que una cosa no implicaba la otra.

Yo ese año me junté con el grupito de la Claudia Bascuñán, que ahora está en el BHIF, secretaria de relaciones públicas; se acuesta con su jefe, lo pasa regio. Ese año, además, conocí a Tomás en unas clases nocturnas de inglés en el Norteamericano, así que mientras pololeaba con él -estaba súper enamorada, bueno, eso creía, él estaba mucho más interesado en su financiera- ni me ocupé de la Rocío. La ví sólo un par de veces. Una vez nos topamos en una premiére, se juntaba plata para el Cema o algo así, nos encontramos y me acuerdo que la Rocío me dijo en el baño: "*Te felicito, bien estupendo tu Tomás*".

Mi mamá fue la que me contó lo de la repetición de la Rocío. La madre de ella se lo dijo y le confesó que lo lamentaba hartito porque la Rocío se había esforzado muchísimo, pero que el ramo era colador y como su promedio no era bueno, se puso súper nerviosa en el exámen y cagó. Pero lo que la tenía emputecida era que un profesor de un ramo chico, optativo, la había hecho repetir por el solo hecho de ser de derecha, que era un amargado de oposición que de puro milagro

estaba dando clases cuando lo que correspondía era que estuviera exiliado como el resto de los upelientos.

Por si eso fuera poco, el acabóse era que no sólo debía repetir, sino que no podía pasar a segundo año hasta no tener aprobados esos famosos ramos. O sea, galla, iba a estar todo el próximo año parando el dedo con esos dos cursos. Y ahí cayó la bomba: la mamá de la Rocío le confidenció a la mía que la Pascua la tenía enferma de los nervios porque, aparte de lo de la Rocío, el cabro chico estaba con hepatitis y no tenían un peso. La empresa iba de mal en peor, el boom se estaba acabando y con lo de la subida del dólar sus deudas aumentaban al doble, ya no había plata, nadie compraba cosas importadas, no había derecho, prometieron que se mantendría fijo para incentivar la economía, el nuevo local de Providencia les había costado una fortuna, y quién sabe que iba a pasar.

A la vuelta de Tongoy, donde terminé con Tomás, mi mamá me puso al día: la Magdalena Aldunate la había invitado a tomar once y hasta se le puso a llorar. Emilio, el papá de la Rocío, se había arrancado del país, se cerraba el negocio, se declaraba en quiebra e iban a rematar todos los equipos estéreos que tenían acachados.

La huevía económica se fue agrandando hasta que les quitaron la casa -que estaba a nombre del viejo-, así que se tuvieron que ir a las casas de los hermanos de la tía, repartirse como gitanos. Yo no vi a la Rocío, sólo supe que lo había tomado con ene madurez, ayudando a su vieja con el negocio de ropa de guagua que iniciaron en casa de su tía Delita. También supe que la Rocío fue a hablar con la asistente social y que le dieron almuerzo gratis, le conseguían crédito

fiscal para el próximo año, qué sé yo.

Un tiempo después me llamó la Virginia Adriasola, que también fue compañera de curso de la Rocío. Me dijo que la había visto con un tipo barbudo, de chaqueta de cotelé, atracando en el cine Normandie mientras veían una película europea súper rara de una pareja que lo único que hace es hablar y deprimirse. La Virginia es medio intelectual pero ni tanto, nunca para andar con un gallo sólo por su interior, pero estudia teatro y taquillea por Bella Vista y esos lugares raros y sigue tan peladora como en el colegio. La cuestión es que la Rocío salió del cine con un feroz grupo entre lana e izquierdista, típica onda humanista, y partieron a El Castillo, un bar ultra moderno y artesa que queda en Plaza Italia, lleno de putas y marihuaneros, de esos poetas que te tratan de vender sus versos impresos a cambio de un café. No podía creerlo. Se lo conté a mi vieja, y ésta, con su sutileza acostumbrada, llamó a la mamá de la Rocío haciéndose que la llamaba para saludarla y como que la tía se pasó de chivera que estaban mejor, que el tío vivía en Buenos Aires, le estaba yendo súper bien, que los piluchos se vendían ene en Estados Unidos, exportaban y que Rocío estaba regio, estaba cada día más hacendosa, tenía tegias notas en esos dos ramos tontos, además estudiaba francés, ayudaba en un colegio de niños retardados y leía textos de sicología para ir adelantando.

Yo, por mi parte, caché que había gato encerrado. Me puse a averiguar y llamé a este colizón con que había salido -Iván-, que ahora trabaja con su viejo en la fábrica de la familia, y le saqué que el Juan Luis y la Rocío andaban como las huevas, que a ella

le había afectado demasiado la quiebra y el desparramo de la familia, se moría de vergüenza y no quería saber de su pasado, se negaba a frecuentar los círculos sociales.

Yo en esa época entré a la oficina junto con la Tere Román. Claro que ahora ella gana el doble que yo. Anda a saber tú qué hizo para tener ese sueldazo. Mal que mal, es la secretaria del gerente de personal no más. Así que me metí firmeza a la oficina, tú sabís, empecé a andar con este argentino del que te conté. Incluso me fui con él tres semanas a Pichidangui. Me olvidé de todo por ene tiempo, más de un año te diría. Mi vieja me ponía al día con lo de la familia de la Rocío de tanto en tanto, aunque tampoco sabía mucho. Era como si la tierra se la hubiera tragado. Lo único que pudo averiguar era que estaban bien pobres, no muertos de hambre pero lo suficientemente cagados para tener que decirles chao a los restoranes franceses, a Cachagua, a comprarse la ropita en General Holley.

Después no supe nada más. Incluso se me olvidó. Hasta que fui al matrimonio de la Chichi Illanes, una amiga de toda la vida que se casó regio, con un turco que la adora y que no es tan picante como todos dicen. A la salida de la iglesia me encontré con el Juan Luis, quien andaba con una tipa que nunca había visto. Y de la mano. Lo saludé medio irónica y lo obligué a hacerse a un lado y decirme qué mierda estaba sucediendo. "Mira", me dijo, "la huevía se acabó, la Rocío se transformó en una furia, en una puta, se atracó a todo su curso y se cree artesa, comunista, no tengo idea ni me interesa, la huevía se acabó y punto. Supongo que ahora estarás contenta". Y se fue, sin despedirse.

Quedé más cachuda que la cresta.

Como nadie sabía nada, ni querían opinar al respecto, un día me arranqué un poco antes de la colación y partí a la escuela de Sicología en metro. Para qué te digo, estaba cagada de miedo, llena de chivas y excusas para justificar qué hacía ahí. Entré al lugar, que es último, todo rayado, lleno de afiches anunciando recitales, convocatorias a paro, a protestas. Ya se habían desatado los primeros boches, habían matado al general Urzúa, ¿te acordái?, al lado del Tavelli, así que imagínate el ambiente, parecía como en las películas de guerra, lleno de posters con el martillo y la hoz, fotos del Che, banderas de Nicaragua, unos dibujos del Tío Sam degollado. Le pregunté a un portero que si había clases. Me dijo que no, que hasta mañana, sólo quedaba poca gente en la biblioteca. Fui a mirar porsiacá, no estaba, sólo una galla rubia, esta misma galla que una vez había conversado conmigo en el cumpleaños de la Rocío. Me acerqué y le dije que si se acordaba de mí. "Pero claro", me dijo, "tú eres la amiga de la Rocío Patiño". Exacto. Se llamaba Daisy, Daisy Bennett. Me convidó al casino a tomarme un café. Después me invitó una cerveza.

"Así que no sabes nada", me dijo. "Ven, sígueme un poco". Me llevó hasta el diario mural del casino. No podía creerlo; había una foto -un afiche más bien, fotocopiado- de la Rocío con el pelo súper largo y escarmenado con una bufanda tejida al cuello. Lo peor era la leyenda debajo de la foto: BASTA DE DESVARIOS. NECESITAMOS A ROCÍO. CANDIDATA MDP A VOCAL.

Es que no te lo podís imaginar. Estaba lela, no cachaba ni una. La Rocío candidata para el centro de alumnos y por la izquierda todavía, si

tanta chuchada que les tiraba a los de la UP, yo la había visto, si Juan Luis y ella siempre decían que el error de los milicos había sido no matarlos a todos.

Resumo galla: la Rocío no sólo estaba en la campaña electoral sino que ya había estado presa varias veces por hacer barricadas y tirarles piedras a los pacos. Ya no vivía con sus tíos, sino con un grupo de compañeros de la escuela, en una casa destartada por allá por Independencia, en la calle Maruri. Según la Daisy, ya nunca saludaba, despreciaba a la gente que antes había sido como ella, se veía súper artesa, con chalecos chilotes que se trajo de su mochileo por el sur con un gallo de Sicología, dirigente del Mapu. La Rocío, para dárselas de moderna o revolucionaria, se acostó con cada miembro de la Jota que había en la facultad, pero eso no quitaba que pololeara con un tipo súper tranquilo, campesino, socialista o algo así, no militante, más de la onda de Florcita Motuda, no sé bien, que no mataba una mosca pero era seco para los discursos y para citar escritores y ensayistas. Este pololo además era menor -como tres años- y vivía con ella y un montón de gente más en esa casa que siempre estaba helada. La Daisy me contó que lo más insólito de todo era que ese cabro Ismael, el pololo, en el fondo era tradicional, más bien moralista como buen político, pero aceptaba que la Rocío anduviera de uno en otro a pesar de estar embarazada de él.

Eso es ponerse al día, ¿no creís? Este tipo, el padre de la guagua, Ismael, es el mismo que vi el otro día, el cantante punk. ¡Cáchate! Explicáte ésa. Harto cambio para un chico que vino desde Maullín. *Sign of the times*, tú sabes. Bueno, resulta que pasaron

ocho meses y a la Rocío, que por muy roja que estuviera seguía siendo una Patiño Aldunate, le bajó su crianza burguesa, la fue a ver su mamá, le llevó piluchos y todo, y se casó con el Ismael. A mí me cuesta creer que haya cambiado, yo no creo todo lo que dicen, imposible cambiar tanto, para mí efectivamente se trata de una maniobra, no sé, no entiendo. No estuve cerca cuando cambió. Todo lo he sabido por otros. Es raro.

Decidí ir a verla cuando nació la guagua. Un niño. Le puso Víctor, por el cantante ése que dicen que le cortaron las manos antes de matarlo. Llamé a varias compañeras de curso. Le fuimos a llevar regalos para el niño. La casa era como de campo, toda de adobe, y la Rocío se veía horrible, blanca y pecosa, sucia, como si no se hubiera lavado la cara al despertar. Andaba con una túnica hindú, me acuerdo. Había varios amigos suyos, tipos de la peor calaña, con unas pintas de vagos y drogadictos que no se la podían. Eran como esos gallos que venden pulseras frente a Coppelía. Ese toque. La Rocío estaba sobre su cama -un colchón en el suelo-, con la guagua en sus brazos, dándole de mamar delante de todos. El cabro era súper rico, eso sí, súper vivo, como que se reía y me acuerdo que pensé "*de qué se reirá el pobrecito*".

Mis amigas estaban verdes de impresión. Un tipo con una barba rala nos ofreció un sorbo de mate pero nos dió asco. Hacía un frío, eso sí, espantoso. El viento se colaba por las ventanas. Tenía ganas de tomar algo caliente pero no me atreví. Lo que sí había era pisco. O grapa. La Rocío fue amable pero distante. Nunca trató de incorporarnos al grupo, lo que por un lado estuvo bien porque se cachaba

que nosotras les parecíamos un chiste a todos esos comprometidos. Pronto empezaron a hablar de política, de la dictadura. Nosotras mudas. Me fijé en un feroz póster que había sobre su cabecera, de esta cuestión de los desaparecidos, unas cien caras -ojos-mirándome, unos rostros en blanco y negro enojados, rabiosos, y me dije a mí misma que la Rocío era realmente otra persona, lo opuesto a lo que conocí, capaz de dormir, de hacer el amor, de criar a su hijo, bajo esos ojos que la acechan noche y día, que no la dejan tranquila, que le claman justicia y venganza las veinticuatro horas.

Nos despedimos fríamente. Nos agradeció los regalos e Ismael salió a dejarnos y me habló bastante, que la Rocío siempre le había conversado de mí, que gracias por todo, los regalos les venían como anillo al dedo ya que estaban sin un peso. Este gallo, Ismael, se veía tan tierno e inocente con el niño en sus brazos, parecía como de quince años, parecía más su hermano que su hijo. No podía creer que fuera rojo, que odiara a la burguesía, que viviera en ese refugio de terroristas. Era tan amable, con una sonrisa enferma de sana, ingenua. Le dije que cualquier cosa me llamara y le dejé mi tarjeta. Lo felicité por el niño.

Esa fue la última vez que vi a la Rocío con vida.

A veces pienso que uno hace cosas que tiene que hacer en ese momento y le parece bien, que es lo correcto, pero tiempo después se da uno cuenta que la cagó, que jamás debió hacerlo, pero que ya es tarde para echarse para atrás porque ya no hay nada que hacerle, lo pasado, pasado. Pero hiciste lo que tuviste que hacer. Si no lo hubieras hecho, hubierai sido una cobarde, te hubierai

traicionado a ti misma y todavía estarías arrepintiéndote. Da lo mismo que eso era una huevía con patas. Como cuando me acosté con el Horst. Una estupidez que tuvo cero trascendencia. Quizá ahora me arrepienta un poco, pero tuve que hacerlo justo ese día a esa hora. No otro. ¿Cachái? De repente creo que esa onda así le sucedió a la Rocío: se metió en un rollo ajeno. Ella creyó que eso era lo que tenía que hacer para no reventar y así lo hizo. Por eso, a pesar de todo, la respeto.

¿Has leído eso que salió en los diarios?, ¿lo de la bomba en la Municipalidad de Peñalolén? Esa que mató a varias personas, incluyendo a la que la puso. ¿Te acordái? ¿Adivina? Exacto. Fue ella.

Mira, tengo todos los recortes en la cartera. Rocío Patiño, 24 años. Ismael me lo contó todo. Pero él no cree. O sea, yo tampoco; es decir, creemos que es ella la muerta, pero no se ha comprobado. No quedó nada, ni un hueso; sólo su carnet. Lo que es raro. ¿no te parece? Que hasta los huesos estallen y el carnet no. Mira. Esto es como bien confidencial, tú sabías que yo no creo cualquier cosa y sé que está lleno de terroristas, cosa de ver los apagones, las bombas, pero no sé, de repente tanta cosa que se dice. Esos muertos... ¿realmente caen en los enfrentamientos? Si no hubiera tanta violencia quizá no serían tan... no sé, no pasaría todo esto y la Rocío quizás estaría aquí... No puedo entender, digan lo que digan, la razón de por qué, por qué la Rocío abandonó la escuela, al Ismael y al Víctor, partió no más. Así se fue y no le dijo nada a nadie, dejó al niño con su madre unos días antes y después no supo más. Cinco meses desaparecida. Averiguaron con los pacos, con los

tiras, con la CNI. Nunca dijeron nada. Tú sabes, nunca dicen nada, sólo anotan, se supone que es secreto de Estado. Ismael, a todo esto, estaba deshecho, dejó la universidad, se viró de la política cuando el partido le dijo que no averiguara tanto. Ahí sospechó algo. No recuerdo mucho, me habló tanto el otro día, se puso a llorar, andaba con ácido, creo. Por suerte su hijo está bien, con la tía Magdalena. Ismael supo ene rumores sobre la Rocío, no sabía que creer: que estaba fuera de Chile -ojalá, te digo, ojalá-, pero también que la vieron en Valparaíso, en una población arriba de un cerro, que estaba presa en San Miguel, en la calle Dieciocho, que la interrogaron y delató a sus camaradas, que compañeros de la facultad habían sido allanados, secuestrados, que la vieron en un sótano, unas amigas que fueron torturadas la vieron, que estaba en la Argentina trabajando para la guerrilla, estuvo con gente del comando de mártires, que se les fue en la picana, que tuvo otro hijo, que tomó cursos de explosivos, que puso la bomba, que la amarraron en el baño, que era una asesina, que la asesinaron, alguien colocó el carnet, que siempre había sido una informante, que unos agentes le pagaban por hacerse la roja, que con esa plata mantenía a su familia, que ahora vive en Brasil, con otro nombre y otra cara, trabaja para la embajada de Paraguay, que era del MIR, del Frente, que fue una traidora, una sapa, una mártir, que realmente murió, que murió por al causa, que no murió.

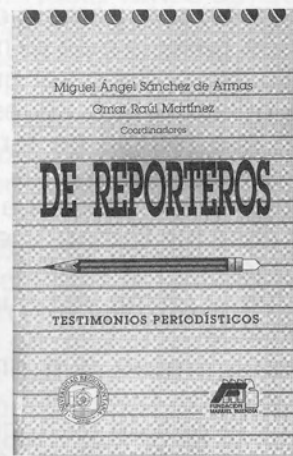
Y tú, galla, ¿qué creís?

### Estantería



#### OTRO LADRILLO EN LA PARED

Jordi Soler (Compilador)  
Ed. Selector  
1996



#### DE REPORTEROS

Miguel Ángel Sánchez de Armas  
Omar Raúl Martínez  
(Coordinadores)  
Univ. Regiomontana / Fundación Manuel Buendía  
1996




## • CONVERSACION CON NADIE

Ofelia Pérez Sepúlveda

Un poco más de luz, que es necesaria. Un poco de silencio. Una silla y sobre mis piernas la fiebre, los muslos apretados por los que avanza mi saliva, el temblor de la mirada, la imagen del amado. No tenga miedo si aprieto del gatillo, es que es nuevo este dolor, es nueva la sombra que proyecta y sólo quiero descansar, cerrar los ojos, guardarme. Oh, si yo entregara este corazón a un sobre y alguien lo recibiera, si un cuerpo joven lo guardara en su regazo y me alimentara como a un cachorro, indefenso, enamorado. Si me abriera el hocico con sus delgadas manos e introdujera maternal y puntual la carne que necesito, la sangre que solicito. Si yo pudiera gritar que amo, que un hombre bello me protege, que un hombre bello lava mi cuerpo con aceites; yo tendría el valor para salir, para escupirle a los hipócritas que pueblan esta ciudad que estoy vivo, satisfecho, que a mis setenta años la fiesta nace diaria. Si yo calmara el infierno de un hombre bello, imberbe y perturbable como este anciano. Y si yo le diera de golpes y el me lo pidiera: Pégame más, así. Oh, yo pudiera pasear llevándolo desnudo, asido de mi andar y de mi artritis. Yo pudiera mostrarle a los hipócritas en qué extremidad y en qué órgano opera mi impaciencia, yo pudiera acariciarlo, exhibirlo, conjurar a los demonios. Entonces, sólo entonces, fotografiarlo desde mi tumba, como se pinta a la princesa que visita a su amado y se interna en el bosque. Cubrirlo con blancas sábanas para que vague perseguido por mis sirvientes; atarlo a un árbol y en su rostro la expresión de

Catherine Deneuve, el miedo transpirando en su blanca piel, y castigándolo porque las princesas son corruptas y juegan con la carne y el amante. Dejar que juegue, que deje de montarse por otros vampiros, que gima y grite, que se escurra en nuevas cúpulas y luego lapidarlo. Ofrecerlo a los perros. Desvestirlo, limpiarle las heridas con mi lengua. Bañarlo y perfumarlo; maquillar su rostro adolescente con polvo de arroz y labiales rojos. Blanco, blanquísimo con el tulipán de la muerte brillando en la entrepierna. Y cortar la flor, arrancarle un pedazo de su carne, prenderme el tulipán en la camisa y salir, a la calle, con su miembro saltando sangre, exhibiendo a los hipócritas mi flor perenne, mi copa de la alianza. Regresar al hogar donde las carpetas de mi difunta esposa, los juguetes de mis hijos y guardar el tulipán en la nevera. Enviar más cartas, más sobres, más corazones nostálgicos, dejarme abrir por niños imberbes y salvajes, rostros sin pasado ni futuro. Conversar en las mañanas, despertar y sentir su olor, su arbitrario desenfado y el verano en la ventana, golpeando cada vez con más coraje, con la voz de alguna madre, de alguna novia, de alguna sombra que los niños salvajes extravían. Sonreírles, acercarlos a mi cama y contarles historias de soldados y dragones. Hacerlos que cepillen sus dientes y se laven el cuerpo. Cubrirlos con toallas blancas, grabadas ya con sus iniciales, darles un beso en la frente. Apagar la luz, dormir, sólo dormir, arrullarlos con canciones que sólo un viejo ha de cantarles, arrullarlos

con caricias que sólo un viejo ha de otorgarles. Dormir, sólo dormir, entrar en el sueño, dejarse en el sueño. Dormir, sólo dormir y encontrar de pronto que el padre de alguno me saluda, me acaricia, levanta mis piernas y me ausculta y luego, en voz baja, me pide que lo ayude, que lo proteja, porque es noche de tormenta y un relámpago en la ventana, justo encima de la ventana, y gimiendo mete sus manos por entre mi bata, se aferra y yo, viendo cómo llora un lobo, me despierto sudoroso y encuentro que alguien se ha llevado mis prodigios. Por eso no tenga miedo si aprieto el gatillo, si no me corona el tulipán. No siempre alguien recibe nuestras cartas, no siempre el corazón, sólo una certeza, esta ciudad y sus hipócritas, este desierto en donde nos dejaron, este silencio de mi artritis, estas manos que buscan un cuerpo adolescente, esta alameda en donde los hombres y las mujeres se amontonan y copulan sin arte. Créame, los veo tropezar, los veo acoplarse sin deseo, sin música y es perversa la mirada, y es un naufragio sentarse y platicar aquí, con usted, como si algo tuviera importancia en esta vida después del cuerpo, además del cuerpo; como si pudiera dejarse a un lado el cuerpo. Oh, si mi corazón volara y detuviera su viaje en algún niño de labios rosados y entrepierna virgen, si me besara la piel, si borrara con su prisa e imprudencia las arrugas, este olor a cementario que me nace en el estómago.



**el infinito**  
libros, café, arte

**HORARIO:**  
*Domingo a miércoles 10:00 am a 10:00 pm*  
*Jueves a Sábado 10:00 am a 1:00 am*

Raymundo Jardón (antes Ocampo)  
esq. Diego de Montemayor #904 ote.  
Barrio Antiguo, Monterrey, N.L.  
Tel/Fax: (8) 340-3634

## • A LA GUERRA VAN LOS HOMBRES

Andrés Montes de Oca

- Al camarada Eraclio Zepeda

Cuento

Ya son varios los días que Agapito jala pa'l Cerro de la Silla; le es muy difícil encontrar palabras para decirle al viejo que piensa irse con los alzados, ojalá fuera como el maestro Rojas, ¡ese pela'o sí que habla bonito! Lo que pasa es que el viejo es muy muinoso y más si trae unos alcoholes encima, está viejo pero correudo, tiene la mano pesada.

Ni hablar, se lo debe decir y ya. Irse así nomás; sin la bendición del viejo no andaría a gusto, es la primera vez que sale de la Villa de Guadalupe y no está seguro si volverá a divisar los árboles bañados de sol, guardianes del río de piedras.

Decide decírselo así, a lo pelón, total, si no le dá su bendición ni modo, pero ya llevará Agapito su alma tranquila, por si lo quiebra un plomo no ande su diablo asustando cristianos.

Vuelve a la Villa con la noche, los rezos de los grillos le hacen menos tedioso el andar entre piedras que se ponen duras, como que no quieren que se vaya. Ya nada podrá detenerlo. Lo tiene bien decidido, mañana seguro un buen rayo lo iluminará.

El kikirikí del gallo colorado le arrebató de tajo el sueño; está mejor así, habrá más tiempo para despedirse de la gente de la Villa. Carga con lo mínimo: la ropa de manta, el sombrero, los huaraches y el viejo morral. Se detiene un momento mientras se calza, piensa que a la mejor los revolucionarios le dan unas botas, de esas largas de piel legítima; es un sueño, si no va pa'que le den, sino pa'que dejen de explotar a los campesinos y los despojen injustamente de sus tierras.

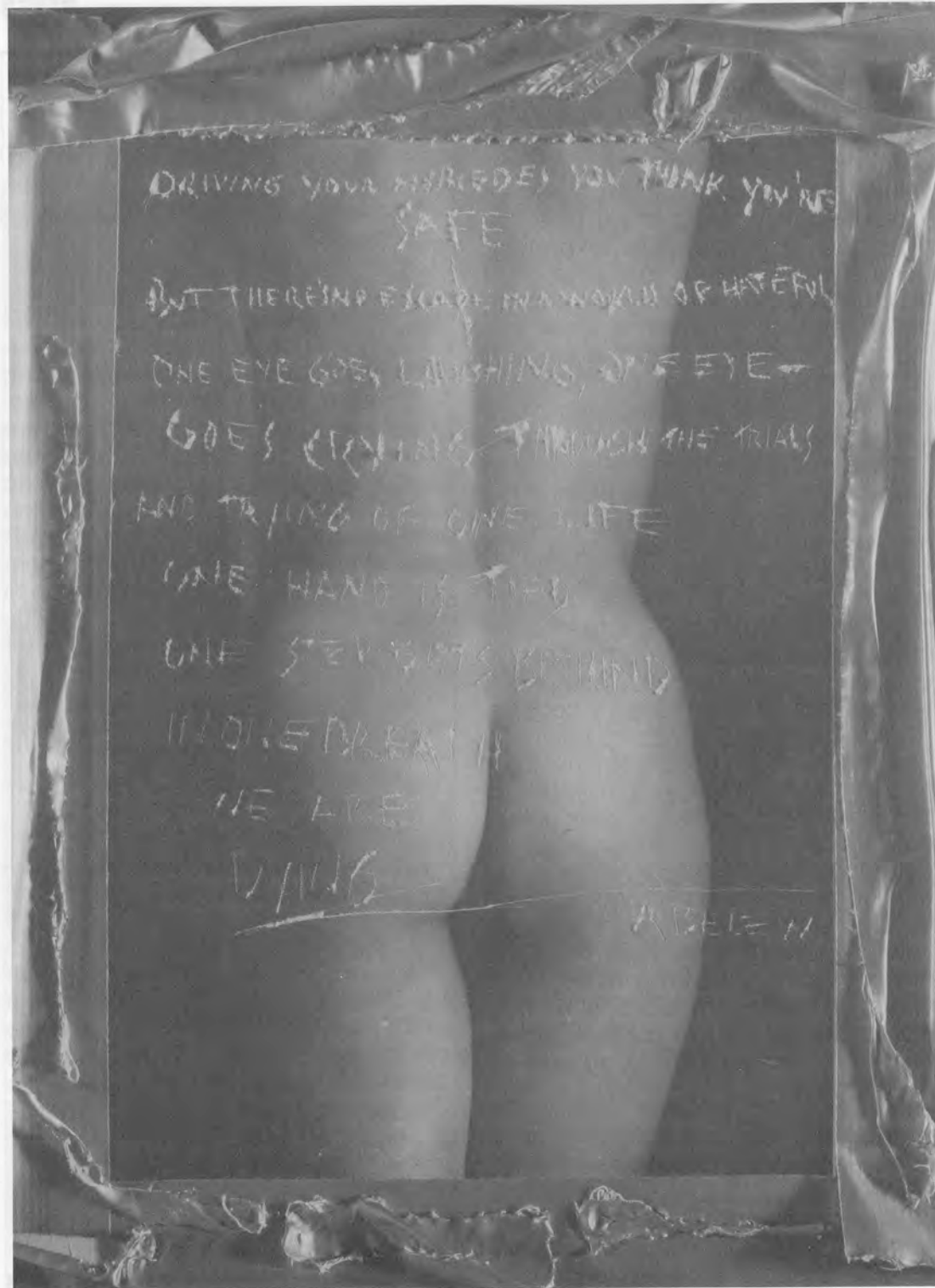
Encontró al viejo al fondo del corral; de niño Agapito pensaba que éste nunca dormía, por más que madrugaba siempre lo encontraba ya de pie, trajinando junto con su madre, ambos cantando cual pajaritos sobre la rama al limpiar el nido. El viejo talló la cruz y el Cristo que están al frente de la tumba de ella. El solo llevó arrastrando la caja de madera, no quiso que nadie tocara los restos de su amada.

Desde ese día el viejo se levanta todavía más temprano, para hacer el trabajo de los dos.

Agapito se ha plantado frente al viejo, éste lo mira de reojo, como que presiente lo que le va a decir; traga saliva. Apretó fuerte los puños y ya, habló entre cortado, pero le dijo que se iba a cumplir su parte en la revolución. Se sabía que Pancho Villa andaba por el Espinazo del Diablo reclutando gente y comprando parque; así que era buena oportunidad para unirse a sus fuerzas.

Sin dejar el cubo de madera, el viejo le recrimina; no había engendrado un hijo para que se lo mataran; Agapito se hincó, esperó serenamente la bendición, como siempre lo había hecho; en el vaivén de los movimientos el viejo soltó una lágrima que le cayó al Agapito en el mero cráneo.

Agapito se puso de pie, el viejo le miró distinto, con orgullo; caminó hacia la casa y le hizo una seña para que lo siguiera. El viejo fué directo al baúl, de un manotazo botó el candado, llegó hasta el fondo y sacó un bulto, lo destapó. ¡Carajo! ¡Si es una pistola! Con todo y funda, negra y con cachas de plata, es fina; las balas están nuevecitas. El viejo la puso en sus



manos; la pistola fue el pago que le dio un gringo loco por llevarlo a las faldas del Cerro de la Silla a buscar petróleo; anduvieron treinta días hasta que al extranjero se le hincharon las patas y mejor se fue para Texas a buscar por allá. Agapito tomó el arma en sus manos, accionó el martillo, soltó el barrilete, ajustó su ojo con la mira; era una Smith and Wesson, sin usar; la montó en la funda y se la fajó a la cintura.

El viejo ahora atisba la leña en el fogón, es tiempo de irse sin decir palabra. El viejo está orgulloso. Aunque Agapito nunca se lo dijo, él sabía que era buen tirador; con esa arma al menos se llevará algunos federales al infierno.

Agapito agarró camino para la Villa, el peso de la pistola lo asienta firme a la tierra. Acaricia varias veces el arma, es de metal fino, pero no tan terso como la piel de Lupe; ella fue la primera que supo que se iría, lloró harto, sus ojos eran manantiales de lágrimas; lo abrazó fuerte. Una noche la pasaron en el establo; ella le dijo que debería de despedirse bien, porque a la mejor allá lo mataban o tal vez se encontraba a otra, y ya no volvería por acá, que eso para ella era igual que si lo mataran, y pues tampoco se quería quedar con las ganas, ya que le quería bien. Esa noche y tres más se despidieron fuerte, entre relinchos de caballos y rumiar de vacas. Tan buenas estuvieron las despedidas que al Agapito le saltó la idea de pasar con la Lupe y desatarle la trenza por última vez.

Llegó al tapanco que sirve como escuela; ahí encontró al maestro Rojas, enfundado en su inseparable saco café y la corbata gris de siempre; él le dijo muchas cosas, como esa de que los hombres pueden conseguir su libertad

a través de las armas, pero que nunca encontrarían la paz con éstas; la paz y el orden social sólo se consiguen con la justa aplicación de las leyes. El maestro le obsequió de despedida un libro sobre las leyes de reforma y la vida de Don Benito Juárez.

En ese momento Agapito se sintió orgulloso de haber aprendido a leer y escribir, si no hubiera sido así, de qué le serviría tan buen regalo. Por último, el maestro le recomendó que si le tocaba ver el triunfo de la revolución, de lo cual él estaba completamente seguro, insistiera en una nueva constitución que le diera garantías individuales a los mexicanos y que se integrara una sociedad pacífica a través de leyes justas; así lo despidió, estrechando con harta fuerza la mano del buen Agapito.

Ahora como que las piedras se han aflojado, camina más rápido; es la primera vez que tiene un arma suya y la verdad, como si trajera dos.

Pasa a despedirse de Don Venancio, el tendero, viejón simpático; siempre que éste lo veía por la tienda le gritaba que estaba muy debilucho, muy flaco; eso enmuinaba rete'harto al Agapito, que ya encabritado le decía que le echara todos los costales de la bodega; entraba en ella y en menos de un doblez de campana acomodaba los costales de maíz y semillas; los de frijol negro eran los más pesados, pero Agapito ponía la cara dura para no demostrar dolor alguno y así Don Venancio no se burlase más de él.

Terminado el trabajo el viejón le palmeaba la espalda, ofreciéndole sus respetos con manzanas y pan de pulque, y a veces con un breve trago de mezcal. Siempre que llegaban provisiones era la misma historia, lo

mandaba llamar diciéndole que seguía creyendo que no podía levantar ni un gramo de arroz, y ahí iba el enmuinado de Agapito a demostrar lo contrario.

Don Venancio le deseó que tuviera buena suerte y que ojalá volviera completo, que no tardara, ya que él solo no podría mucho tiempo con la bodega. Lo despidió apresuradamente antes de que lo viera llorar como una vieja, pero que antes de partir pasara al fondo de la bodega, ahí le había juntado algunas cosas para el camino; el Espinazo del Diablo estaba retirado y tendría que cruzar el desierto.

Al fondo de la bodega Agapito encontró sobre unos troncos una montura nueva, arreos dorados, un fuate montado en una pata de venado, un par de alforjas llenas de comida y una cantimplora.

Agapito no se aguantó las lágrimas; se echó a cuestras la montura, pesaba y tendría que cargarla hasta tener un caballo, pero no le hace.

La verdad no le daban muchas ganas de despedirse del doctor; éste no siempre era justo, sabía que la gente era pobre y aún así les cobraba; si no tenían dinero se llevaba como pago alguna gallina o un mueble, su pago preferido eran los cabritos. Agapito recuerda muy bien cuando al tío Macario se le enfermó Tachito; como no tenía pa' pagarle al doctor tuvo que ofrecerle un toro semental muy fino; el tío decidió que valía más la vida de Tachito.

El doctor, ni tardo ni perezoso, se fue al corral por su pago; ese toro tenía fama de bravo, por ahí decían que era el mismísimo chamuco. Cuando llegó el doctor a las trancas, el toro estaba más bravo que nunca, hasta le salía humo por el hocico, daba unos mugidos

espantosos; los chamacos se treparon a los árboles titiritando de miedo. El doctor como que lo pensó dos veces antes de meterse por el toro; se aguantaba el terror que le producía ver al astado; se talló los ojos, dió la media vuelta y le dijo al tío Macario que ahí le encargaba mucho a su toro, ya que por el momento no tenía espacio donde guardarlo, pero que inmediatamente después de que se muriera la bestia le quitara los cuernos y se los llevara para ponerlos a la entrada de su consultorio.

Y así, olvidando su tan mentada educación, se fue corriendo como alma en pena directo a la Villa, en una semana no pisó tierra fuera del consultorio.

Bueno, pero la gente lo quiere y lo respeta, porque lo que sea de cada quién, nunca ha dejado a nadie a su suerte, y aunque media noche sea, siempre va a donde hay un enfermo.

Agapito sólo encontró a Doña Rosario, la que le ayuda al doctor, ella le dijo que el doctor se iba a dilatar mucho; fue más allá del río para asistir un parto, eso se tarda mucho, pero que la había dejado una vianda con medicinas y ungüentos, muy útiles para donde iba.

Agapito guardó el paquete en la alforja; se rascaba la cabeza preguntándose cómo supo el doctor que se iba; bueno, era cierto eso de que él sabía más que el cura...

El capataz distinguió la figura de Agapito por el camino del encino; al pela' o recio, se le cerraba el gznate de emoción, de rabia: tan chamaco y ya se iba a la guerra; así como traía Agapito cargando la montura, por ese mismo camino lo trajo cargando a él. Habían ido por unas reses bravas y

una cascabel les asustó los caballos y de paso le mordió una pata; le ordenó a Agapito que fuera a pedir ayuda, pero el chamaco con su cuchillo le sacó el veneno y se lo trajo a lomo, con la cara firme y sin decir palabra; bueno, sí dijo una vez: esto es igual que un bulto de frijol negro.

Aunque era muy feliz con sus cuatro hijas, al capataz le hubiera gustado tener un chamaco como Agapito: noble, bragado, firme con la pistola, para que fuera el dueño del potro pinto, ése que crió especialmente para cuando su mujer lo premiara con un hijo.

Como quiera se lo lleva el Agapito; un hombre sin pistola y sin caballo nomás no es hombre y al Agapito sólo le faltaba lo segundo.

Fue el mismo capataz el que encuadró la montura al caballo; Agapito no podía creerlo, ya no se iría tan solo: el potro pinto era una excelente bestia, de esas que no se parten al silbar de los plomos. El capataz le dió un abrazo fuerte y con voz vidriosa, quedito le dijo: Mi'jo.

El sacristán le obsequió una guajolota para que la hiciera caldo al salir del desierto; por un lado, por haberlo defendido de los que se burlaban de él por ser tartamudo y por otro, porque Agapito le recordaba a Doña Marquécita.

Doña Marquécita fue un tiempo una mujer muy alegre, siempre tenía el sol en la cara y según ella provenía de nobles familias europeas. Agapito conoció Europa en un mapa lleno de polvo que tenía el maestro Rojas en la escuela. A ella le gustaba que le dijeran señora Marqueza junto con una reverencia; eso al Agapito le daba harta risa, tanto que la comparaba con una

guajolota que tenía el viejo en el gallinero; por cierto que así le llamaba al animal: la marquécita. Agapito lloró mucho cuando el viejo le estiró el pescuezo a la marquécita; al otro día su madre la hizo en mole para celebrar el santo del viejo; cuando supo Agapito que los huesos que lamió hartas veces eran de la marquécita, sólo le quedo recordar lo que dijo una vez el cura: cuando alguien que se quiere muere, si se lleva dentro de uno nunca se olvida. Y como Agapito ya la traía en la panza, nunca la ha olvidado y a todo mundo le cuenta la historia.

Aunque le causaba mucha gracia, al Agapito le caía muy bien Doña Marquécita, sobre todo cuando le acariciaba el pelo y dejaba en sus manos una moneda grandota. Un día le llegó a la Marqueza la noticia de que su esposo e hijo, oficiales del ejército mexicano, habían muerto combatiendo a los franceses invasores.

Doña Marquécita se quitó la ropa frondosa, vació los perfumes olorosos a las piedras del río maldiciendo mil veces a la Francia imperialista. Desde entonces viste de negro, con la cara tapada y rece y rece. Fue Don Venancio quien le platicó eso; Agapito se la imaginaba bella y alegre como en las fotos que tenía la Marqueza en la pared de su sala.

Al llegar a la casa de la Marqueza, la vio por la ventana, estaba tejiendo y rezando, pero al ver al Agapito se le palideció la cara, se levantó de golpe y cerró la puerta del ventanal. Agapito pensó que a la mejor no lo reconoció, un empistolado a caballo asusta a cualquiera; giró con el potro, pensó en irse, al cabo ya la había visto. En eso escuchó el golpe de la aldaba, se abrió

la puerta principal y salió Doña Marquécita cargada de cosas. Primero le entregó unas cartas, para su esposo e hijo, que seguro los encontraría en el campo de batalla; después un par de sábanas bordadas a mano, de tela muy fina, buenas pal'frio del desierto; también le dio una canasta con galletas y dulces; ella le dijo que eran para los tres; Agapito la miro de re' ojo; el caballo y él son dos, ¿dónde está el otro? ¿Serán pa' los difuntos?. Para finalizar le entregó una bacinica de porcelana, diciendo que un chamaquito decente no debe cagar debajo de cualquier nopalera. Con mucho respeto Agapito le dijo que no necesitaba esa cosa, a lo que la Marqueza le respondió que cuando se le acabaran las balas de su pistola, les diera duro con la bacinica en la cabeza a los franceses.

Ella le tomó la mano donde traía el fute y se la besó; se retiró un poco e inició un cántico: *"A la guerra van los hombres, a la guerra a pelear, por su patria bien amada, su vida han de ofrendar"*.

Salió Agapito de la Villa con carne de gallina, las cartas las quemará en el desierto para que sea el viento el que las entregue. Y eso de enfrentarse a los federales con una bacinica no era muy gracioso, pero como quiera, cargó con ella; de algo le iba a servir.

Cuando decidió apretar el paso, escuchó el disparo de una 30-30, giró el potro y sacó su pistola; se escuchó otro disparo y una voz que le ordenaba que se detuviera; guardó la pistola y se bajó del caballo; era el cura de la Villa el que venía a su encuentro.

Ahí estaba Agapito, bajo la sombra de un encino, confesando sus pecados, y a sus pies la 30-30 que le había obsequiado el cura junto con dos cajas de parque. El cura guardaba el arma

para defender a sus fieles; nunca se sabe cuando la guerra toca regiones pacíficas. A préstamo le entregó una biblia. Era a préstamo, porque Agapito tenía que volver, ya había un compromiso; esa biblia se la dio al cura el mismo Papa cuando se ordenó en Roma.

El viento sopla pal'Espinazo del Diablo. De vez en cuando el Agapito voltea, tiene la sensación de que dos jinetes lo escoltan. *"A la guerra van los hombres..."*.

### Estantería



**EL SOL SEA CON NOSOTROS**

Ramón López Castro  
Cuadernos del Topo  
1997



## •ARAD EN LAS MONTAÑAS

Dulce María González

Relato

Después del café me entró la urgencia.

-Ya lo decidí: sí voy. ¿Qué autobús dices que debo tomar primero?

Khaled me observa con unos ojos entre asombro y cansancio.

-Ok, ya te dije lo que pienso; las cosas no se hacen así, tan de pronto. Pero, si no quieres entender... -da un trago al café, niega con la cabeza total, a mí qué me importa.

-Vamos, Khaled, es mi único día libre; además no va a pasar nada -y en falso tono cotidiano-: Vamos a ver... en Gruzenberg tomo el 4, al llegar a la Estación Central pregunto por el autobús a Be'er Sheba..., ¿a Arad? -Khaled permanece en silencio, arroja el humo del cigarro hacia el techo altísimo de la habitación, antigua bodega de ultramarinos-..., ¿a Jerusalem?

Jamás responde, sólo recarga la cara en la palma de la mano, echa un vistazo a mi back pack listo para el viaje.

-Quiero que me respondas una cosa, sólo una: en caso de que no los encuentres, ¿dónde vas a dormir?, ¿en la calle?

Tomo mi taza, la llevo al fregadero, me echo la mochila a la espalda. Con la mano en la perilla de la puerta me vuelvo para despedirme del pequeño Khaled que ahora recarga los antebrazos en la mesa, la vista en el cenicero.

-Te llamo pasado mañana.

Eleva una mano en señal de acuerdo. Entonces el pasillo estrecho, la penumbra de las escaleras en este edificio morisco de líneas como serpientes. Y después del portón es Alenby que me deja ciega con su luz de

mediodía, su movimiento, las banquetas rebosando de gente, la prisa que se me contagia y por eso este clavado hacia el río de hebreos, árabes, etíopes, hippies, europeos; los puestos de falafel de los que se desprende ese olor a vegetales fritos, las ofertas a voz en cuello a la entrada de los bazares, es shuq Karmel. Es la una de la tarde.

En la ventanilla de la Estación Central, y guiada por simple intuición, doy el siguiente paso:

-¿Cuánto cuesta el pasaje a Jerusalem?

-Trece shekel.

Observo mi cartera: cincuenta shekel escasos, dudo por un segundo e inmediatamente después, con valentía:

-De acuerdo, dame uno.

Frente a mi viaja un hombre de edad madura, expresión de seriedad, traje oscuro. Observa mis intentos inútiles de acomodarme en el asiento, retira su libro de la pequeña mesa que nos separa.

-Puedes poner aquí tu mochila si quieres.

Mi back pack resulta enorme para la superficie disponible, sobre él coloco todavía la chaqueta; propino unos golpecitos sobre aquella montaña y aparecen de nuevo los ojos del hombre, ahora sonrientes.

-¿Hablas hebreo?

-Sólo un poco. En ocasiones, cuando la gente se va de prisa, me suena a chino.

-¡De China! ¡Ya decía yo... por los ojos.

-No, soy de México. Quise decir que... no importa.

-Lo siento, pensé... ¿Y es la primera vez que visitas Jerusalem?



-No, no voy a Jerusalem, voy a Arad.

-¿Y entonces qué haces aquí? Debiste haber tomado el autobús a Be'er Sheba.

Silencio.

-Peronotepreocupes, en Jerusalem lo tomas; creo que cuesta solamente once shekel.

Silencio.

Al llegar a Jerusalem me dicen que el único viaje del día a Be'er Sheba parte en tres minutos; entonces el peligro de terminar durmiendo, no en la calle, como temía Kaled, sino a mitad del desierto. Corro desesperada, golpeo la puerta del camión que ha empezado a moverse. Subo.

-Quince Shekel, por favor.

Silencio.

Me coloco en el primer asiento disponible, dejo caer la mochila al suelo, recargo la cabeza en el respaldo y, al echar el primer vistazo a través de la ventanilla, caigo en la cuenta: estamos a la entrada del otro Israel.

Leves colinas semidesérticas, casas blancas con sus jardincitos al frente, las formas caprichosas de sus balaustradas. A veces una mujer, la cabeza cubierta, camina silenciosa, como una aparición entre el verde de las plantas que suben y se abrazan a las vigas de madera y por eso el aspecto de fresca a la entrada de ese cuartiro en lo alto.

Sembradíes geométricos, letreros en árabe, gente descalza conversando en las calles; y por todas partes adolescentes hebreos en servicio, el uniforme oscuro del ejército, la ametralladora a la espalda. Avanzamos por los territorios ocupados.

Y el cansancio profundo porque ayer trabajé doble, la desmañanada de hoy, la jornada sencilla aunque

agotadora, los kilos de pescado frito que me almorcé en casa de Khaled, las casitas blancas de los palestinos, las calles descendentes, el paisaje amplísimo y, al abrir los ojos, la mirada celeste del soldado que hace un segundo apretaba mi hombro.

- Oye, rusa, despierta, ya llegamos.

- Mexican, mexican; please mexican (con una...)

En la estación de Be'er Sheba me dan la noticia de que el boleto a Arad cuesta siete shekel. Ni modo, ya estoy aquí; además qué ganas de algún bocado dulce. Total, de nada me sirve ahora ahorrarme unas cuantas monedas. Si no encuentro a Dino y a Paolo estoy perdida, con o sin refresco.

Con mi botella de Cinder en una mano, tremenda roscota de dátil en la otra y la sola intención de despejarme un poco, me pongo a platicar con una muchacha hebrea.

-¿Y tú de dónde eres?

-De Arad.

-No me digas; pues yo voy para allá.

-¿Y a qué parte de la ciudad vas?

-No sé exactamente, pero no importa. Tengo entendido que es un lugar pequeño, y lo más seguro es que los amigos a quienes visito sean los únicos italianos ahí.

-Creo que no entendiste bien. En Arad hay muy poca población, pero es una ciudad extendidísima. Además hay gente de todo el mundo trabajando ahí. ¿Sabes? Están construyendo un complejo turístico.

Arrojo el pan al bote de basura, también la Cinder. El corazón me echa a andar con rapidez, se me escapa...

-Pero no importa. Yo te ayudo a encontrar a los italianos, ¿tienes alguna dirección?

-Sólo el nombre de la calle, es algo así como Bonashov. Creo que están viviendo en un edificio de apartamentos.

-Ah, sí: Bogershov. Oye, eso está muy lejos del centro, pero cerca de mi casa. Ya verás cómo damos con ellos.

Suerte de mexicana con cara de china.

Efectivamente, dimos con el único edificio de apartamentos en el área; pero de Paolo y Dino ni sombra. Y ahí estoy sube y baja los cinco pisos, recorriendo la decena de pasillos, observando detenidamente cada una de las veinte puertas. Media hora con la misma operación para terminar en la banqueta, abrazada de las rodillas, muerta de frío. El viento aferrado en partirme la cara y qué soledad, qué ausencia de mí misma en este lugar del mundo donde la calle amplísima, el edificio como un islote, a medio kilómetro una casa y allá, hacia abajo, el desierto extenso.

Montañas de líneas suaves, onduladas, se sobreponen unas a otras y es el azul profundo sobre el magenta, detrás de un verde que se dibuja con precisión en esa brillantez absoluta del cielo. Soy minúscula. Soy nada. De tal manera insignificante que me pierdo, me pierdo. Qué cansada, qué sola. El punto a lo lejos va tomando forma de ser humano. Su presencia me provoca una felicidad que no quepo y estoy de nuevo aquí. De nuevo las ganas tremendas de ver a estos malditos italianos que se me fueron hace apenas una semana y cómo me ha pesado la ausencia.

-Hola. ¿Qué haces aquí sentada?

-Vine de Tel Aviv a visitar a Dino y Paolo, ¿los conoces?

-Claro que los conozco, somos vecinos. ¿Y ellos saben que estás aquí?

-No, es una sorpresa.

-Oye, qué extraño acento tienes, ¿eres israelí?

-No, no, no. Mexicana, mexicana, de México.

-No me digas que eres María. ¿Es cierto que eres escritora?

-Mira, estoy muy cansada, mañana platicamos si quieres.

-Yo les puedo avisar a tus amigos. Acostumbramos cenar en el mismo restaurant.

-No, mejor voy contigo. Qué aire tan frío, ¿verdad? ¿Cómo me dijiste que te llamas?

Las nueve de la noche y yo qué hago en este lugar tan lejos de casa, sentada a la mesa con estos tipos que en la vida, sin dinero. Nada de Paolo, nada de Dino. Y cuando estoy a punto de las lágrimas la camioneta celeste a través del cristal; las caras sorprendidas de mis amigos que siguen en la puerta, observándome con asombro, congelados.

-María, crazy mexican (claro, por supuesto, mexican, mexican). What are you doing here?

Y qué giro del mundo cuando corren a abrazarme, cuando Dino me toma de la cintura, me lanza hacia lo alto y por un segundo soy niña en el aire.

## • CUENTOS CHINOS

Jaqueline Zúñiga

Cuento

**C**uando a Yang-Tsiao Hsie le llegó la vaga imagen de una mujer bañándose en la arena, sus brazos dieron un pequeño giro inesperado, se le juntaron las paralelas que había estado rastrillando desde hacía una eternidad. La única señal de su equívoco fue la honda inhalación que apenas perturbó el aire quieto de la tarde. Retomó el rastrillo con las cerdas hacia arriba y caminó sesenta y seis pasos justos hasta la orilla de la piedra grande para comenzar de nuevo sin que expresión alguna signara el cambio de espacio y tiempo.

David sacó un par de dulces tratando de no hacer ruido al desarrugar la bolsa de papel. Luego de juntar suficiente saliva endulzada a los lados de la lengua tragó y, hasta entonces, encendió la vela con mucho cuidado de no quemar las sábanas, imaginó que se encontraba en la casa de los gnomos pero procuró moverse lo menos posible para no flamear la colcha que hacía las veces de carpa. Se sintió seguro cuando escuchó la voz de su padre desde otra habitación preguntando si ya estaba dormido. Abrió el viejo libro y casi no pudo contener el grito aspirado de la profunda emoción: un pez saltaba sobre las olas ostentando toda la vitalidad del agua y del aire. Bien es sabido que cuando la eternidad nos roza, un segundo nuestro puede ser horas, días, años para los demás. Lo devolvieron al mundo los gritos destemplados de su madre, que había despertado con el olor a chamusquina.

La cera de la vela había rebasado al plato que hacía las veces de candelabro sobre la cama y, si no hubiera sido porque la emoción había privado de aliento por quién sabe cuánto tiempo a David, este se hubiera intoxicado con el humo. Estaba listo para una larga historia de terapias, si no fuera porque la modernidad aún no había desplazado al grito y al cinto paterno. El pequeño incendio no trajo más consecuencias prácticas que la renovación de la ropa de cama y el colchón, pero David no volvió a ver el libro que le había prestado el "chale" don Juan. Luego que pasó la histeria familiar y la condena, preguntó, buscó... "como si entendieras" le dijo su padre. De todos modos una ganancia quedó del incidente: le dejaron tener la luz encendida después de las diez; no dejaba de ser un triunfo inútil, porque ahora disfrutaba la oscuridad de su habitación, donde aprendió que la penumbra, esa raya invisible donde no hay ni luz ni oscuridad, favorece la vida de los sueños para que los videntes ejerzan viajes perennes.

Sin mediar pensamiento alguno, dejó tres piedras al centro como tres islotes que navegaran sobre las líneas de arena blanca, al fondo los arbustos, sin cubrir todo el horizonte, definición de todo límite, rompían el vicio de las paralelas. El jardín de arena no era hecho para mirada alguna, era hecho porque sí. Yang-Tsiao Hsie cumplía así con el signo de su existencia: seguir el diseño fuera de la conciencia engañosa que fabrica cosas para el aquí y el ahora. No, ya en el principio de la cuenta del tiempo Lin Wei había

dicho en un sólo trazo rapidísimo de tinta negra, que las paralelas son el único sino de la infinitud. Yang-Tsiao Hsie cumplía así un impulso depositado en su cuerpo por todas las generaciones anteriores: hacer un jardín de arena perfecto, único, tan sólo para que algún día, a lo lejos, al otro lado del mundo, una mujer sea soñada bañándose en él, dando vida a aquellas paralelas en el momento preciso de su descomposición. Y debía de equivocarse de continuo buscando sin saber la dulce coincidencia, exacta, justa, de terminar su tarea en el momento preciso de que la mujer cobre su fantasmagórica existencia en el sueño de un hombre que rehuye toda edad y que nunca recordaba sus sueños, seguro que tenían que ver con el libro extraviado en el fuego; aunque David tenía la sospecha de que se lo habían escondido. Después de la noche de la visión del pez, aguardó con ansia los sábados y le cambió el gusto: ahora sí acompañaba a su madre a comprar la despensa a la tienda de Juan Wong, que le regalaba dulces al terminar las cuentas. Años después aún se preguntaba porqué nunca le platicó al tendero chino la pérdida del libro. Acaso porque Juan Wong nunca le pidió la vuelta de aquel ejemplar que, en un nebuloso recuerdo, catalogaría casi como un incunable.

La imagen de la dama desnuda sobre la arena va haciéndose más nítida en la memoria de Yang-Tsiao Hsie. Viene sola de tarde en tarde sin que sea llamada por el jardinero que está cierto de que su vida es una palabra intraducible e inaudible. Sabe que su existencia finalizará al descomponerse el jardín. De tanta coincidencia entre el quehacer y el recuerdo de una imagen insertada en

una historia que aún no sucede, la dama se hace ahora una sombra, luego una línea hasta que desaparece sin dejar de estar presente. El anciano podrá continuar ahora con menor dificultad su tarea de siglos. El paso de los años y la comprensión sin conciencia de ese motivo hacen que el jardinero se equivoque cada vez menos. El no sabe, pero lo sabe muy bien: el jardín deberá estar listo algún día para una mujer que todavía no nace en el sueño de nadie y que él ha aprendido a olvidar. Tiene como historia personal una nostalgia del agua, allá a lo lejos cuando el principio del sueño del cual él es producto: sobre la punta del agua una branquia permite la entrada de aire a un organismo que se ahoga porque no está diseñado para ese elemento, y sin embargo goza en ese salto que eterniza su momento, como si el límite de la muerte dictara a la vida contenida en aquel cuerpo escamoso la similitud entre el nado y el vuelo, la lucha entre una necesidad y una vocación que se mantienen unidas en el estrépito que va del éxtasis a la angustia, la contención mutua de la vida y la muerte. Wan Wei esperó todos sus años contemplando las puestas de sol y sólo antes de morir rasgó en dos el plano blanco del papel con una sola pincelada perpetrada en una fracción de segundo de pensamiento vacío que señaló la unión de mano y cerebro de toda la humanidad. Ahí estaban todos los peces del mundo, toda el agua, todo el aire. Siglos de estudios e investigaciones descubrieron los cientocincuentaysiete infinitos tonos de gris en esa pincelada negra, sintetizando los peces de cualquier mar, de cualquier río en una sola línea de grosor primero creciente y luego

decreciente. Un segundo antes de morir, Wan Wei dijo: "*Es una raya...*" sin la menor necesidad de darse cuenta que años, siglos después, un niño aspiraría el aire enrarecido por el humo de una vela escondida bajo las cobijas, al intuir que el pez saltando sobre el agua no es más que un pretexto para el movimiento que no depende del tiempo, pues fue hecho en una fracción infinitamente pequeña de segundo donde caben todos los sueños, el del jardinero chino, el de David y el de la mujer que se bañará en la arena blanca y el de la dama china y el de don Juan Wong y el de los padres de David que escondieron el libro...

David llega al quinto año después de muchos regaños. Los maestros lo pasan de grado para librarse de una especie de extraño idiota. Es torpe en todo, menos en matemáticas. Cuando le preguntan algo nunca sabe los cómo ni los porqués, no desperdicia tiempo. Acude a la tienda de Juan Wong donde ya es casi parte del inventario. Sólo ve y oye. Don Juan atiende por gentileza a la mirada curiosa del niño, trata de enseñarle el idioma de sus ancestros leyéndole los periódicos chinos llegados de San Francisco, pero a David no le interesa más que el sonido de las sílabas y la belleza de los trazos, placer que se quiebra cuando la voz de vidrio de su madre llega a la tienda a buscarlo y reprenderle. Camino a casa, David no oye la ira de su madre, escucha todas las ondulaciones posibles de un espejo líquido insoportable, movido por salidas bruscas y zambullidas incontables donde ubica una raya en el agua. Al mismo tiempo piensa en la mujer de don Juan, que fue traída de China cuando tenía trece años y no ha aprendido a hablar el español, pero

alega con su viejo marido en perfecto mandarín corrigiéndole las cuentas: mientras el abarrotero escribe los números a los lados del papel de envoltura y empieza por tantos y llevamos tantos de cada hilera, para después pasar a los números de la libreta de débitos y a tantos le restamos tantos y le sumamos lo que restó de la suma... La mujer china mueve a la velocidad del sonido las cuentas de colores de su viejo ábaco, única dote y equipaje traído de oriente, donde los números son más coincidentes que en el cabo de lápiz de Juan Wong. Después de una alegata que para David es la música del misterio, don Juan le demuestra al cliente la corrección donde sale ganando, la cifra vomitada por la cábala de su mujer que de esa manera ha pagado con creces el viaje oceánico de cinco meses ocurrido hace años, pero que todavía se nombra como se nombra la vida o la muerte o todas las cosas que siempre están ocurriendo.

Yang-Tsiao Hsie busca unas hojas de enebro y las esparce con aparente descuido sobre la arena. No sabe, pero sabe bien, que la perfección es la imitación del azar, no la simulación de la fuerza del mundo, eso sería demasiada pedantería, demasiada vulgaridad. Su gesto es la extrema humildad de existir un poco más que en un sueño, en un toque nada personal, ya que él sólo es el cuerpo que cumple una de tantas misiones del mundo. Yang-Tsiao Hsie es mucho menos que los peces, es el más pequeño enlace de la naturaleza que cumple con un cometido que, en el principio le brindó la ilusión de pertenecerle sólo a él y el transcurso del tiempo le ha enseñado que es únicamente el recipiente donde la naturaleza cifró un encargo. No

importa cuándo sea soñada esa mujer que enseñe a la arena su vocación de vuelo, pues ella tampoco es más que otro signo que deberá llegar a su vacío.

Como demostración de confianza infinita, Juan Wong, tercer generación nacida en este lado del mundo, no permite que la madre de David enseñe español a su mujer, pero le pide al padre que lo haga, lo cual no significa ningún privilegio sobre las cuentas de la despensa semanal. Es, simplemente, una distinción que el tendero dispensa a la familia de David. A cambio, la dama china será algo así como una ahijada. En secreto, para los padres del niño, las tardes dejarán de ser todas iguales, el tedio dejará su lugar a otras rutinas donde los libros empolvados del armario dejarán a un lado su perenne condición de trebejos, cachivaches, triques...

Los padres de David discutieron toda la tarde. Están convencidos que algo producen los encuentros de la esposa de Juan Wong con su hijo, quien de ninguna manera habla mandarín, pero que no pierde atención de la larga perorata que, durante horas, la dama china le lanza al niño cuando el abarrote deja tiempo. No saben si eso causa daño a David, lo único evidente es que el hijo no pierde detalle, como si las sílabas, los ojos, la boca, los dulces...

## II

David no sabe cómo es que ha llegado a la universidad. No es que no sepa cómo ha cubierto todos los requisitos para llegar hasta ahí, no es eso lo que se pregunta esta mañana ni nunca. Su habilidad de preguntarse sobre sus pocos actos no llega más allá de lo inmediato; se cuestiona cómo es que llegó tan temprano a la facultad, qué lo hizo renunciar a la dulce modorra

de la mañana. Despierto desde las cuatro, o mejor: después de dormir las tres horas acostumbradas, se había dedicado, como siempre, a sentir cómo se estiran y se aflojan todas y cada una de las partes de su cuerpo, cómo estas voliciones en lo más profundo de sus tejidos causan un estado de indeterminación física que llevan a la flotación, casi a la inexistencia y, al mismo tiempo, a una ubicuidad tenebrosa e inexplicable. "Anoche no vinieron", exclama somnoliento sentado en el pupitre. Sin perder su estado de vigilia y sin querer siquiera perderlo, sabe que esa frase es el encuentro con la razón: los fantasmas no lo acosaron esa madrugada con su carga de ruidos, asechanzas, travesuras, cosquillas... por lo tanto, se aburrió en la cama, pues aunque nunca recordara sus sueños, se había acostumbrado a la búsqueda inútil del recuerdo. Había hecho a un lado, con el dorso del pie izquierdo, la pila de libros viejos que estaban en el suelo, al lado de la cama. Los iría levantando algún día, cuando por fin decida leerlos. En la neblinosa mañana inicia el camino sin saber a dónde ni preguntárselo siquiera. Sabe sin saberlo, que este es el camino más largo del mundo: cruza ríos que ni siquiera estaban registrados en los mapas. Camina lentamente hasta la puerta del baño serpenteando para sortear el baúl que fue de su abuelo y que está lleno de esas cosas que se van guardando "para cuando hagan falta". Atraviesa campos donde el arroz es un manto infinito de surcos perfectamente trazados por calmosos búfalos guiados por hombres que a su vez no sabían quién los guiaba, recorre desiertos donde se reflejan los mundos posibles que no son más que luz. En la cima de una montaña perdida en la

espesura de las nubes, un arquero le pregunta: ¿a qué has venido? David ni siquiera piensa que es el mejor flechador de su ciudad y le pide la instrucción del oficio. Años de entrenamiento cuidadoso producen en la mirada de David la habilidad de ver una araña en la corteza de un árbol a cien metros de distancia.

Dio la vuelta a las dos mesitas que rescató de la última inundación cuando tuvo que caminar por el lecho del río y que después de limpiarlas cuidadosamente descubriera que una era de plástico bajo una delgada imitación de roble y la otra era una forja más bien grosera, el arquero le dice que tiene que proseguir su viaje a la búsqueda de otro gran maestro. Lejos de descorazonarse, David emprende su nuevo viaje como buen aprendiz y tras otros tantos años de vicisitudes y muchos más practicando aprende que la araña no estaba ahí, sobre la corteza cuando su mirada la inventaba, sino en el momento justo en que llega la punta de la flecha. Le estorbó la estatua de yeso que sirvió para hacer el molde del Cristo que se encontraba parado sobre la cripta de sus padres como guardián amoroso, el montón de piedras que le fueron llamando la atención en sus rutinas viajeras entre su casa, la tienda y la escuela cuyas únicas desviaciones eran verticales: cuando se inclinaba a levantar lo que le llamara la atención. En la tercer montaña, la más lejana, otro maestro del arte de la arquería le enseña que es posible disparar a ciegas, con los ojos cerrados o de espaldas y que la punta de la flecha siempre encontrará a la araña, pues una línea en el aire las ha destinado una a la otra. Cuando por fin llega al baño, las trusas acusan recibo por la

parte de orina derramada en ellas, cosa por demás de poca importancia para David. Luego de un baño demorado por la elección de la temperatura del agua, la búsqueda del jabón, las tres enjabonadas rigurosas con sus respectivas enjuagadas a fondo, el doblez preciso de la toalla... Años, muchos años, para llegar al enésimo maestro y encontrarlo sentado de espaldas mirando el sol poniente: "Maestro, he venido para tratar de aprender tu arte". No hubo respuesta en un tiempo tan largo que la cuenta se perdería. David aguardó muchos lustros para no interrumpir la contemplación de su maestro en aquel atardecer, hasta que éste, impasible, comenzó por romper el arco y las flechas. Entonces David comprendió instantáneamente que la perfección de un oficio es el arte de olvidar su instrumento. David volvió a su ciudad natal, donde ya nadie lo recordaba, la tarde del mismo día que se había ido, donde escuchó a un anciano jardinero contar la historia del mejor arquero del mundo, que había vivido en esa ciudad hacía siglos y que fue nombrado David Ling Fu por su honorable silencio y humildad. Luego la elección de la ropa, el peinado... Y sin ningún cambio en esos menesteres de todos los días, había llegado veintisiete minutos antes de la clase, lo cual sí era un cambio, pues siempre llegaba diez o doce minutos más tarde del inicio, sobre todo tratándose de la clase de física, que le fascinaba aunque no entendiera nada, pero le parecían tan bellas esas ecuaciones y los conceptos acerca del movimiento, como si fueran una música que no ameritara ninguna ordenación mental, sólo dejarla entrar como en su casa y dejarla habitar el sueño para que algún día... Tres minutos de

extrañeza de sí mismo es romper un récord insospechado para David. Luego se dispone a los siempre presentes recuerdos de aquella dama China que se dio a la tarea de traducirle los cuentos que le contara primero en mandarín, antes de que aprendiera el español. Sus ojos cerrados se clavan en el ideograma que fuera el obsequio de despedida, cuando la viuda oriental regresara a su país como si hubiera llegado ayer. Sus brazos recobran su perdida unión al cuerpo, saben que estorban a la dulce angustia de saberse entre los elementos, de saberse engañados en la creencia de que la motilidad es cuestión de piernas, quienes también se deciden a moverse en un líquido viscoso que nunca termina de ahogar los pulmones de David a pesar de zambullidas de duración inmedible. Sabe que también vuela y que en cualquier hábitat que rodee su cuerpo, este sentirá la necesidad de encontrarse bien en el aire, en el agua, en la tierra, en el fuego y hasta en la luz. Sabe que eso ama el pez que salta. La flecha que ama el vuelo más que atinar en el blanco, el arco que disfruta más el "tang" cuando destensa... la clase empieza cuando la maestra aparece de pronto sentada en medio de un jardín de arena blanca rastrillado en perfectas paralelas que se descomponen y se juntan cuando las manos toman a puños los pequeños granos para lanzarlos al aire donde se hacen líquidas mariposas que se posan en el cuerpo... David ve esto dentro de sí. Su pupitre es ahora el ideograma en cuyo sello puede leerse Yang-Tsiao Hsie: Aún un viejo que vive en Pequín. Y ve la imagen. Espera, de nuevo, la llegada del recuerdo, el momento apetecido, cuando pueda despertar y recordar sus sueños.

### club de lectura **Las Aureolas de Reyes**

Participa en la Campaña  
Nacional Permanente de  
Promoción a la Lectura

#### Reuniones semanales y Lecturas con invitados especiales

Todos los jueves de 19:00 a 21:00 hrs.  
Entrada Libre

#### Préstamo e intercambio de libros

De lunes a viernes de 18:00 a 22:00 hrs.

#### Biblioteca de Autores de Nuevo León

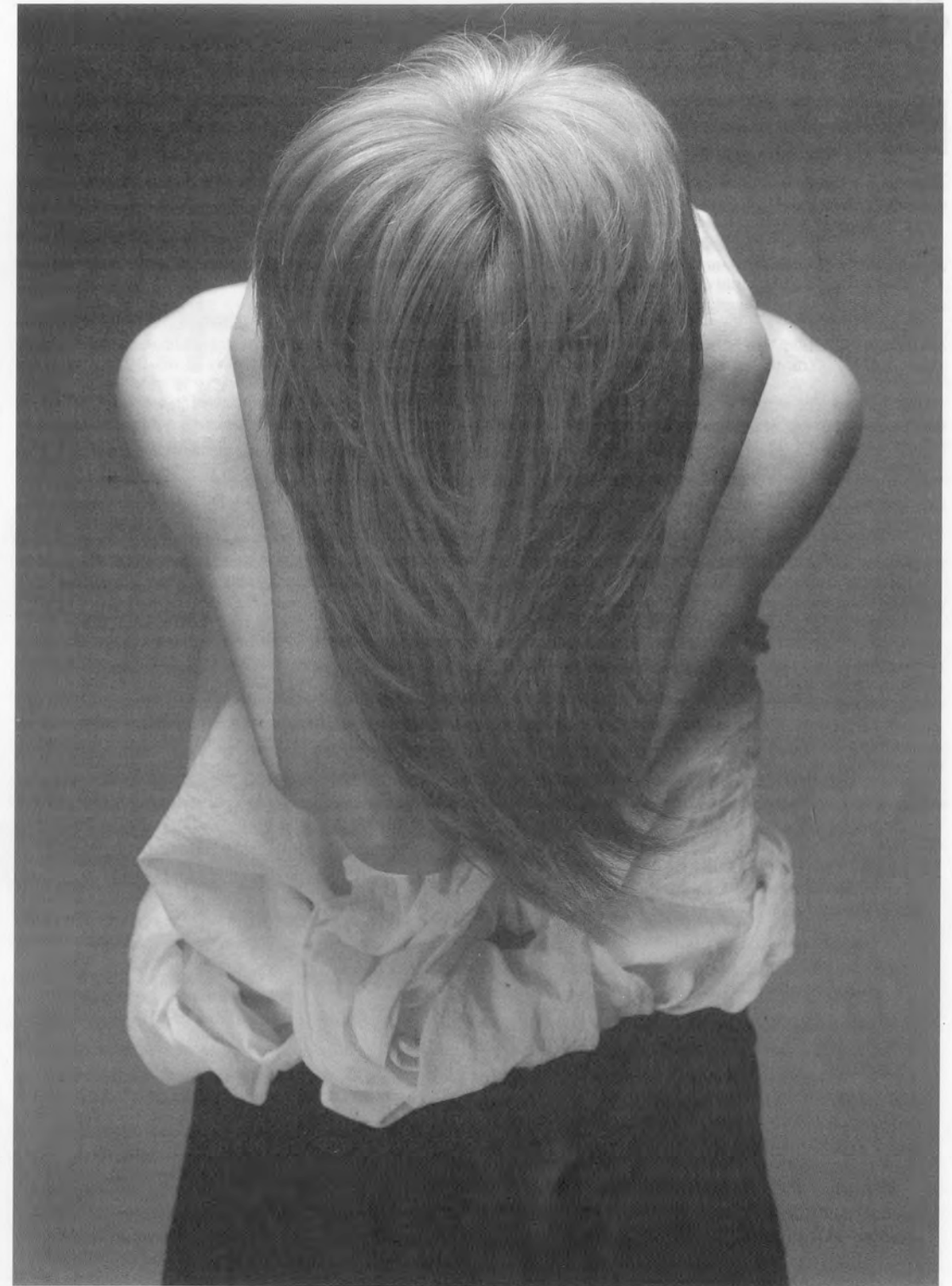
¿Tienes material publicado?  
Dona algunos ejemplares para difundir  
la obra de los autores locales.

#### Tianguis de Libros

21 de marzo  
Padre Mier 627 pte.  
Informes:345-2331

### Estaremos en la Feria del Libro Monterrey '97

Padre Mier No. 627  
frente a la Plaza de la Purísima  
Tel: 345-2331 y 342-9220  
Correo electrónico: pgrafico@mail.giga.com



## LOS REOS DE ESTE NUMERO

### Luis Humberto Crostwaithe

Tijuana, B.C.N. 1962.

Ha publicado los libros *Marcela y el rey al fin juntos*, *Mujeres en traje de baño*, *El gran pretender*, *No quiero escribir no quiero* y *La luna siempre será un amor difícil*. En 1992 recibió el Premio de Testimonio Chihuahua por su libro *Lo que estará en mi corazón*.

### Ofelia Patricia Pérez Sepúlveda

Monterrey, N.L. 1970.

Estudia Letras Españolas en la UANL. Autora de los libros de poesía *Doménico* 1995 y *De todos los santos herejes* 1995. Becaria del Centro de Escritores de N.L. 1996-97. Realiza investigaciones sobre escritores de Nuevo León con el apoyo de FINANCIARTE y el PACMYC.

### Dulce María González Torres

Monterrey, N.L. 1958.

Narradora, poeta, adaptadora y crítica teatral. Lic. en Letras Españolas UANL. Maestra de literatura UDEM y Escuela de Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras UANL. Ha publicado: *Gestus* 1991, *Detrás de la máscara* 1993, *Donde habitan los dioses* 1994, *Crepúsculos de la ciudad* 1996 y *Ojos de santa* 1996.

### Javier Orozco

Fotógrafo.

Su trabajo ha aparecido en revistas como *Artes de México*, *Art News*, *Art in America*, *Poliéster*, *Movimiento Actual* y en ediciones del periódico *El Norte*. Participó en la II Bienal de Fotografía INBA (1995), Monterrey en 400 fotografías (MARCO 1996), así como en numerosas exposiciones de instituciones educativas como el ITESM, Universidad Regiomontana y CEDIM.

### Alberto Fuguet

Santiago de Chile, 1964.

Escritor y periodista, autor del libro de cuentos *Sobredosis* 1990 y de las novelas *Mala Onda* 1991, *Por favor, rebobinar* 1994 y *Tinta Roja* 1996. El cuento publicado forma parte del libro *Sobredosis*.

### Andrés Montes de Oca Leal

Nuevo Necaxa, Puebla. 1964.

Ha publicado en revistas y periódicos locales y del país, así como los plaquets *Metropolis* 1985, *Luz Neón Blues* 1991 y *Hotel de Paso* 1991. Fue becario por el FONECA en 1996 en el área de teatro y obtuvo el Premio Nacional de Teatro UANL en 1994.

### Jaqueline Zúñiga

San Luis Potosí, S.L.P. 1978.

Narradora. Ha publicado en *Coloquio*, *Papeles de la Mancuspia* y periódico *El Porvenir*. Autora del libro *¿Quién dijo eso?* 1996.

## CONVOCATORIAS

### CONCURSO LITERARIO "VELLOCINO DE ORO"

Con el fin de estimular la creación literaria y de abrir un espacio a las nuevas generaciones de escritores, VERSAL EDITORIAL GROUP convoca al: **Concurso Literario "Vellocino de Oro"**

1. Podrán participar los escritores de cualquier nacionalidad, con obras originales e inéditas y escritas en idioma español.
2. El tema será libre. Las obras se presentarán por duplicado, mecanografiadas a doble espacio, por una sola cara y debidamente grapadas, cosidas o encuadernadas. En la cubierta de cada obra, deberá figurar claramente el título y el género bajo el que se concursa. Las obras estarán firmadas con el nombre y los apellidos del autor o con seudónimo, en cuyo caso serán acompañadas de una plica o sobre cerrado que contenga la identificación y una breve biografía del concursante.
3. Un mismo autor sólo podrá someter una obra por cada género.
4. Se otorgarán tres premios en cada modalidad y tantas menciones como considere el jurado:  
**Primer Premio: 10.000 dólares**  
**Segundo Premio: 5.000 dólares**  
**Tercer Premio: 2.000 dólares**
5. La admisión de los originales finalizará el 15 de marzo de 1997 y la proclamación de las obras ganadoras se dará por escrito a los concursantes y a los medios de difusión masiva, el día 23 de abril de 1997.
6. El jurado estará integrado por prestigiosas personalidades del mundo de las letras, especialistas en literatura y por un representante de nuestro grupo editorial. El jurado actuará con total libertad y discreción y tendrá la facultad de discernir los premios, emitir los fallos (otorgándolos o declarándolos desiertos) e interpretar las presentes bases. Los premios serán indivisibles y la decisión del jurado será inapelable.
7. Versal Editorial Group, por recomendación expresa del jurado, decidirá las obras que podrían publicarse en sus diversas colecciones, en cuyo caso, negociará mediante contrato -y con independencia del premio- con los autores.
8. No se devolverán los originales. Estos serán destruidos una vez sea emitido el fallo del jurado.
9. Las obras serán enviadas a:  
**VERSAL EDITORIAL GROUP**  
304 Newbury Street,  
Suite 272  
Boston, MA 02115
10. El hecho de participar en este certamen implica la total aceptación de las presentes bases.
11. Se podrá concursar en las siguientes modalidades:  
**POESIA:** Mínimo de 30 folios y un máximo de 80.  
**NOVELA:** Mínimo de 150 folios y un máximo de 300.  
**CUENTO:** Mínimo de 50 folios y un máximo de 200.  
**BIOGRAFIA:** Mínimo de 50 folios y un máximo de 200.  
**ENSAYO:** Mínimo de 100 folios y un máximo de 200.  
**TEATRO:** Duración aproximada entre 30 min. a dos horas de representación.

### PREMIO NACIONAL DE LITERATURA "EFRAÍN HUERTA" 1997

El H. Ayuntamiento de Tampico, a través de la Dirección de Educación, Cultura y Deportes, convoca al premio nacional de cuento y poesía Efraín Huerta 97.

#### Bases:

1. Podrán participar todos los escritores Mexicanos residentes en la República Mexicana.
2. Los concursantes deberán presentar o enviar sus trabajos a la Dirección de Educación, Cultura y Deporte, con atención a la Subdirección de Cultura, en el 3er piso del Palacio Municipal, Colón y Carranza, Zona Centro, Tampico, Tamps., Tel:121689.
3. Los trabajos serán presentados por triplicado, escritos en máquina, a doble espacio, en papel tamaño carta. La extensión deberá ser de un mínimo de 15 cuartillas (uno o varios cuentos), y para poesía 25 cuartillas (uno o varios poemas).
4. Los concursantes deberán firmar su trabajo con seudónimo, y en sobre cerrado enviar su nombre, dirección, número telefónico y rotulado con el seudónimo.
5. El certámen quedará abierto a partir de la publicación de esta convocatoria, y hasta el 28 de marzo de 1997.
6. El jurado calificador estará integrado por escritores de reconocido prestigio, cuyos nombres se darán a conocer en su oportunidad.
7. Una vez emitido el fallo, se notificará de inmediato al concursante que resulte ganador y se dará a conocer a través de la prensa. El premio en efectivo será entregado previo aviso del lugar y fecha.
8. El premio consistirá en \$10,000.00 (diez mil pesos), para el Primer Lugar en cada género, y mención honorífica para el Segundo y Tercero.
9. No se devolverán los originales ni copias de los trabajos.
10. Cualquier caso no considerado en las cláusulas de la presente convocatoria, será resuelto a criterio de los organizadores.

San  
**Quintín**  
106

Te invita a que envíes tus colaboraciones. Se aceptan cuentos, relatos, crónicas y fragmentos de novelas (terminadas). Sólo si tu texto es seleccionado por **La Celda de Trabajo**, se te informará a vuelta de correo junto con el cheque por tu colaboración y la fecha en que será publicado.

¡Nos leemos!

## PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1997 IMPAC - CONSEJO PARA LA CULTURA DE NUEVO LEON

### BASES:

1. Podrán participar escritores mexicanos residentes en el país o en el extranjero con obras de novela publicadas en lengua española.
2. No se aceptarán obras que sólo hayan sido publicadas en periódicos y/o revistas.
3. Los escritores podrán participar con una novela publicada entre el 31 de mayo de 1994 y el 30 de mayo de 1997.
4. Los concursantes o las casas editoriales deberán enviar 5 (cinco) ejemplares de la obra publicada.
5. Cada concursante podrá presentar al certamen una sola obra.
6. No se aceptará ningún documento enviado por fax u otro medio electrónico.
7. Los premios tienen un carácter individual, por lo que no se aceptarán solicitudes de grupos.
8. La presente convocatoria estará vigente desde el momento de su publicación y hasta el día viernes 30 de mayo de 1997 a las 16:00 horas. En el caso de los trabajos enviados por correo se tomará en cuenta la fecha del matasellos postal. Después de esta fecha ninguna obra será aceptada.

IMPAC, organización internacional dedicada al mejoramiento de la productividad, y el Consejo para la Cultura de Nuevo León, invitan a los escritores mexicanos a participar en el **PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1997, IMPAC - CONSEJO PARA LA CULTURA DE NUEVO LEON** con el objeto de alternar el trabajo de creación literaria y estimular la apreciación de la literatura y la lectura.



Consejo para la  
Cultura de Nuevo León

9. Los concursantes deberán entregar o enviar su obra al "Premio Nacional de Literatura 1997", Consejo para la Cultura de Nuevo León, José Benítez 604, Col. Obispado, Monterrey, N.L. 64010, México.
10. Se otorgará un premio único e indivisible de \$80,000.00 (ochenta mil pesos 00/100 m.n.).
11. No podrán participar candidatos que trabajen para las instituciones que organizan el concurso o quienes se hayan hecho merecedores a este premio en convocatorias anteriores.
12. El jurado calificador estará formado por un juez internacional, un juez de la ciudad de México y un juez del estado de Nuevo León.
13. Las circunstancias no previstas por esta convocatoria serán resueltas por el comité organizador.
14. El fallo del jurado será inapelable. El nombre de máximo cinco finalistas será publicado en la prensa nacional el 10 de octubre de 1997. El ganador será dado a conocer en la prensa nacional el 17 de octubre de 1997. Los premios se entregarán el 24 de octubre de 1997.

## IX CERTAMEN NACIONAL ALFONSO REYES 1997 CONVOCATORIA

### BASES:

1. Podrán participar escritores mexicanos residentes en México o en el extranjero, el trabajo deberá presentarse en español.
2. No lo podrán hacer aquellos que laboren directamente en las instituciones organizadoras del concurso ni aquellos que lo hayan ganado en anualidades anteriores.
3. El premio único e indivisible consta de \$40,000.00 (Cuarenta mil pesos 00/100 m.n.). Los trabajos que a juicio del jurado calificador presenten méritos suficientes obtendrán menciones honoríficas.
4. Los participantes deberán enviar un ensayo o libro de ensayos inédito escrito en español, sobre los siguientes temas: Literatura Mexicana, Literatura Hispanoamericana Contemporánea, Filosofía en México, Cultura Contemporánea de México e Historia Regional (Noreste de México).
5. Los trabajos deberán tener un mínimo de 50 y un máximo de 150 cuartillas en original y tres copias, escritas a máquina a doble espacio, en hojas tamaño carta, por una sola cara.

El Consejo para la Cultura de Nuevo León, con la colaboración del R. Ayuntamiento de Monterrey, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y la Universidad Autónoma de Nuevo León, convoca al **IX Certamen Nacional Alfonso Reyes**

6. Los ensayos serán dirigidos al IX Certamen de Ensayo Alfonso Reyes, Consejo para la Cultura de Nuevo León, José Benítez 604 Col. Obispado C.P. 64010, Tels: (8)348-4382 y 348-4392.
7. Los concursantes deberán firmar sus trabajos con seudónimo y proporcionar su identificación en un sobre adjunto cerrado con los siguientes datos: nombre, dirección y teléfono.

8. La recepción de las obras participantes queda abierta a partir de la publicación de la presente convocatoria y concluye el viernes 12 de septiembre de 1997. No se devolverán originales.
9. El jurado calificador estará integrado por personas de reconocida trayectoria intelectual. Sus nombres se darán a conocer oportunamente.
10. El fallo del jurado calificador se dará a conocer el viernes 5 de diciembre. Un notario abrirá únicamente los sobres que contengan las identificaciones del ganador y de los acreedores de las menciones honoríficas y destruirá los sobres restantes.
11. Las instituciones organizadoras notificarán de inmediato el fallo al triunfador, a las personas distinguidas con las menciones honoríficas y a los medios de comunicación. Igualmente informarán la fecha en que se efectuará la ceremonia de entrega del premio.



# Pastelerías MONTERREY

*Es tradición de sabor.. mmmm*



**AZCUNAGA**

*Desde 1921*

*Calidad por tradición*

**Mi  
Mundo**   
**EN** **AZCUNAGA**  
**es más divertido**

AZCUNAGA en apoyo a la niñez y la cultura